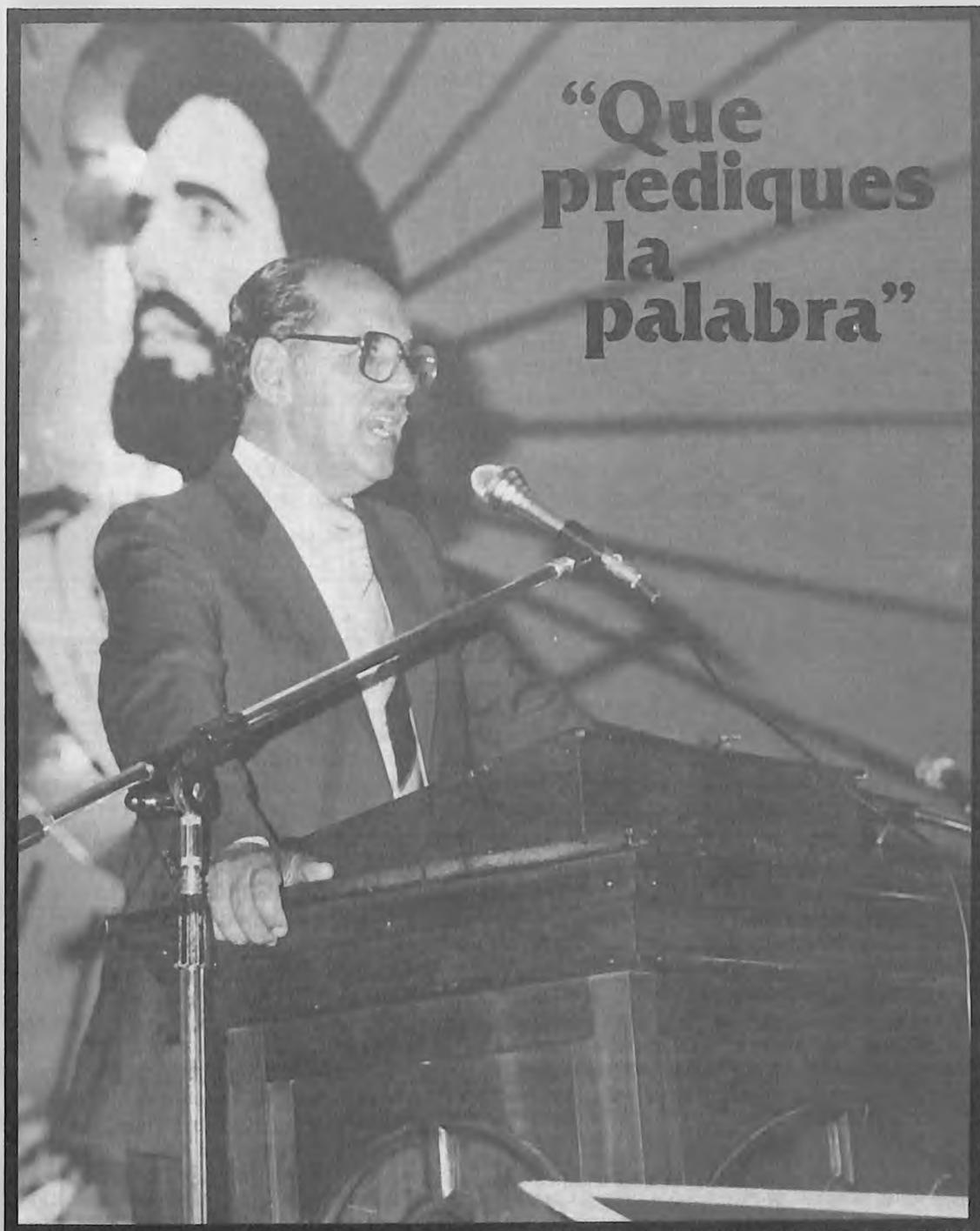


MINISTERIO

adventista

Marzo-abril de 1987



Edición dedicada a la predicación

“Para predicar bien el Evangelio es preciso que tengamos tal conocimiento de él que lo experimentemos de un modo práctico. Es preciso que lo tengamos en el corazón, y también, como se dice vulgarmente, a flor de labios. Tenemos que ser ricos para poder esparcir tesoro. Debemos ser escribas bien instruidos para poder enseñar”.—Charles Haddon Spurgeon.

Año 35 Marzo-abril de 1987 N° 205

MINISTERIO

adventista

CONTENIDO

- 3 Rasgos distintivos del predicador actual
- 6 John W. Osborn
- 7 Pobreza en el púlpito
- 11 Pseudosermones
- 16 Primero, aliméntese usted
- 21 ¿Cuál es la gran idea?
- 25 Movernos juntos
- 27 Un final para el sermón
- 31 Veinte mandamientos para los pastores jóvenes

DIRECTOR
Daniel Scarone

REDACTOR
Osvaldo N. Gallino

CONSEJEROS
Salim Japas
José A. Justiniano

REGISTRO NACIONAL DE LA
PROPIEDAD INTELECTUAL
09185

MINISTERIO adventista. Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la República Argentina mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana. Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires.

CORREO ARGENTINO Florida (B) y Central (B)	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 199
	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 6.706

Rasgos distintivos del predicador actual

Daniel Scarone

¿QUE SE ESPERA de un predicador de este tiempo? ¿Qué lo distingue? ¿Cómo es su mensaje? Estos interrogantes encuentran respuesta en el estudio del registro bíblico de la predicación y en la realidad y las necesidades contemporáneas.

La Biblia describe al predicador como un heraldo (*kérux*) que transmite un mensaje (*kérugma*). El apóstol Pablo dice: "Para esto yo fui constituido predicador (*kérux*, heraldo) y apóstol. . ." (2 Tim. 2: 7). El heraldo era el que por encargo del príncipe o del estado proclamaba con voz potente la noticia encomendada. Su deber era transmitir en forma inalterable el mensaje y la opinión de su mandante. Había una efectividad inmediata en su labor, porque lo que anunciaba entraba en vigor en el momento del anuncio. El caso del heraldo cris-

tiano —si bien nutre su figura del heraldo de su tiempo— tiene algunas diferencias con él, porque el Evangelio que proclama no es un mensaje para ser colocado en una pared, sino uno que tiene una dinámica vital: anuncia la vida, proclama a Cristo como Señor. Y no vacila en su pregón, a pesar de la paradoja que ésta encierra: anuncia la muerte de Cristo como la única base para la vida. Los destinatarios de la comunicación no se reducen al círculo de la iglesia. El predicador anuncia su mensaje a todos, y es capaz de ver el mundo como su parroquia. El contexto del mensaje está allí, en la humanidad.

Al predicador lo debiera caracterizar el conocimiento profundo de la Biblia. Hubo un tiempo cuando algunas denominaciones no ordenaban al ministerio a un pastor a menos que

El predicador debiera ser un pensador, un productor de ideas, un generador de reflexión. Alguien que desarrolla una curiosidad permanente por clarificar los conceptos y descubrir nuevas facetas de la verdad.

conociera a David, es decir, los Salmos, de memoria. No cabe duda de que hoy hay algunas diferencias.

La historia rescata un incidente descriptivo y luminoso al respecto. Cuenta Charles Haddon Spurgeon, el notable predicador inglés, que cuando George Wishart, obispo de Edinburgo, fue condenado a muerte a pesar de todos los pedidos para que se conmutara la pena, se le otorgó, según la costumbre de la época, permiso para que recitara un salmo antes de la ejecución. Wishart eligió el Salmo 119, y cuando transitaba por los dos tercios del salmo oportunamente elegido, llegó el indulto. Seguramente usted coincidirá en que el fin del episodio hubiera sido muy diferente si el obispo hubiera elegido el Salmo 117.

Además de conocer la Escritura el predicador debiera ser un pensador, un productor de ideas, un generador de reflexión. Un hombre que desarrolla una curiosidad permanente por clarificar los conceptos y descubrir nuevas facetas de la verdad; alguien que emplea su mente para la gloria de Dios, y que con su inventiva es capaz de demostrar que no todo está pensado, y que hay nuevos caminos en los que se puede incursionar. De este modo, se forja el aporte a la reflexión teológica de la época.

Es obvio decir que el conocimiento de la Biblia que tenga el predicador debiera ser asistido por las herramientas adecuadas que le permitan realizar una interpretación correcta de la Escritura y así podrá comprender, por medio de la integración de las diferentes técnicas exegéticas, cuál es el pensamiento del autor bíblico y el objetivo de Dios al inspirar el texto estudiado. Este rasgo identifica al predicador como un teólogo, un erudito en la ciencia divina.

En algunas ocasiones y en ciertos círculos, se escuchan quejas en cuanto a la pobreza de pensamiento que brota de ciertos púlpitos y que produce en las almas una sensación de vacío y de incertidumbre. Esa proclamación hueca, carente de sentido, de ideas y hasta de Cristo, no sólo es incompatible con el llamamiento recibido, sino que tiene devastadoras consecuencias, especialmente entre la juven-

tud. Se sabe que una de las causas por las que los jóvenes tienden a abandonar la iglesia es por la baja calidad de los sermones que escuchan. La única salvaguarda contra este mal consiste en la lectura permanente de la Biblia y del material teológico contemporáneo, así como también en la reflexión y el diálogo con todos los sectores de la iglesia y la comunidad.

Pero el predicador no sólo debiera cuidar el contenido del mensaje, sino también la forma como lo entrega. Cada mensajero debiera percibir los cambios en los tiempos, y adaptar con precisión la forma de la comunicación al momento en que vive. De este modo, podrá emplear la proclamación del sermón (la forma tradicional), sin exceptuar otros estilos que armonicen con los contemporáneos, como el diálogo, el relato, la enseñanza, la dinámica grupal, etc.

El predicador ha de ser un observador de los tiempos para predicarle a los tiempos. Nuestros sermones no debieran ser meros informativos de sucesos que impactaron a la comunidad o al mundo, salpicados de textos bíblicos y nutridos de abundantes citas del espíritu de profecía. (Esta no es más que una forma facilista que puede reducir la potencialidad y la dinámica del predicador a la mínima expresión.) Su conocimiento de los tiempos no consiste en conocer todos los detalles y minucias de la historia contemporánea; cuántas guerras hubo en este siglo, cuántos terremotos, el porcentaje de crímenes de la última década y el coeficiente de violencia de este año comparado con el del año pasado. En algunos sitios se escuchan sermones que no son otra cosa que detalladas estadísticas de las maldades contemporáneas. Pero predicar a los tiempos es algo diferente: es tener un sentido del *kaïros*, del tiempo oportuno, del lapso signado por determinadas circunstancias. Debíamos tener la sensibilidad del profeta que no sólo dice: "Así dice el Señor", sino también "El tiempo ha llegado". Cuando analizamos las profecías detectamos que en determinados momentos de la historia se levantaron hombres que definieron una época y que produjeron tanto pensamiento que no sólo quedaron en la historia y la fama,

La Iglesia nació cuando los primeros creyentes reconocieron a Cristo como Señor, y creció cuando los incrédulos vieron el mensaje encarnado en sus seguidores y comprendieron que Aquel que era Señor de los cristianos también podía ser el Señor de ellos.

sino que alteraron el ideario y la filosofía de la época. Por otra parte, el predicador no es un enfermo de ficción, sino un hombre comprometido con la realidad de Dios, que conoce con pericia la época en la que vive. Es esta visión profunda y penetrante de la realidad la que le permitirá determinar las circunstancias, el marco, el ambiente, el *Sitz im Leben*, en el que se producirá el mensaje.

Pero el predicador no sólo debiera vivir en permanente diálogo con la realidad en que está involucrado, sino también con la verdadera realidad: la de Dios. Ha de ser un interlocutor de Dios, un hombre que está en permanente comunión con el Altísimo. Así hizo Enoc, que vivió en estrecha relación con el Cielo, y se acercaba a los hombres para comunicarles cuál era la voluntad divina. El predicador es un ciudadano de dos mundos, pero más que eso, en la sencillez de la expresión bíblica es un hijo de Dios, elegido por el Altísimo, consciente de su llamamiento y dispuesto a transmitir la voluntad de Dios y reflejar su carácter.

Esta relación le permitirá al predicador tener una perspectiva renovada de sí mismo; se considerará un instrumento del Espíritu; un medio por el que Dios comunica la salvación a todos los hombres.

El predicador adventista debe ser una voz que proclama el advenimiento y anhela profundamente ese acontecimiento. No está demás distinguir el significado de futuro y de advenimiento. La voz futuro (de *futurum*) significa la actualización venidera de las potencialidades que existen en las cosas. Pero *adventus* es la aparición de algo nuevo, que no está en las cosas, ni en la potencialidad que ellas tienen. Futuro es la maduración del presente. Advenimiento es la llegada de lo que es totalmente nuevo. Y el anuncio del advenimiento es lo que otorga al hombre moderno una visión liberadora, que lo motiva y lo impulsa hacia la Nueva Jerusalén. Este rasgo es el que hace del predicador un portavoz de la esperanza.

El predicador debiera ser un expositor de la Biblia. Posiblemente, el único método que permite que esta comunicación se produzca con total transparencia es el sermón expositivo —no muy

común en nuestro círculo—, porque ciñe el tema y su desarrollo al proceso lógico y al desenvolvimiento natural del pasaje elegido. Durante muchos años nuestra iglesia afrontó errores doctrinales y diferentes ataques pergeñados contra ella. Esto determinó que se esgrimiera la predicación temática y apologética. Y no cabe duda que esa práctica signó una época. Pero los sermones expositivos no son apologéticos, sino que sencillamente exponen y explican el texto bíblico dentro de su contexto histórico, geográfico, filosófico, costumbrista y religioso. Este es un método por el que el pasaje habla con la misma naturalidad con que lo hacía en su tiempo.

Por otra parte, en ciertos círculos se observa no sólo una tendencia temática, sino también psicológica, orientada a la atención de los problemas del individuo —es posible, que esta sea una reacción a la dieta predicativa de las décadas del treinta y del cuarenta, que se componía exclusivamente de profecía y doctrina. Esta propensión nos puede llevar a resaltar lo humano, cuando el epicentro de nuestro mensaje debe ser lo divino.

Conclusión

¿Qué es un sermón? ¿A quién debe exaltar el predicador? Dijo San Pablo: "Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo. . ." (2 Cor. 4: 5). Es evidente que el sermón genuino no se limita a la proclamación (*kérugma*). También es una demostración. Porque si bien proclama a Cristo, demuestra fehacientemente que él es el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14: 6) por medio del estilo de vida de sus seguidores.

La iglesia nació cuando los primeros creyentes reconocieron a Cristo como Señor, y creció cuando los incrédulos vieron el mensaje encarnado en sus seguidores y comprendieron que Aquel que era Señor de los cristianos, también podía ser el Señor de ellos.

La predicación del Nuevo Testamento pudo ser creída cuando fue validada por la vida de los predicadores, porque Jesús era el Señor de sus vidas. "Porque no nos predicamos a nosotros, sino a Jesucristo".



**John W. Osborn
(1907-1976)**

El pastor John W. Osborn se destacó por su calor, por su simpatía y por la excelencia de su predicación.

En su ministerio se desempeñó como pastor en Illinois, en Florida, en Maryland, y en el estado de Washington. Fue pastor de importantes congregaciones como la Iglesia de Glendale City, la iglesia de Sligo, en Takoma Park y la iglesia central de Seattle, estado de Washington. Se desempeñó como presidente de las asociaciones del sudeste de California y de New Jersey. También fue secretario ministerial de la Unión del Pacífico y profesor asociado del Departamento de Iglesia y Ministerio en la Universidad Andrews.

Quienes tengan memoria de su paso fugaz por Sudamérica, lo recordarán como el pastor de límpida sonrisa, de fácil comunicación y de poderosa predicación.

Sus propias palabras testifican de la profunda vocación pastoral que abrigó en su corazón: "El encuentro personal e íntimo del alma con su Redentor es la experiencia más importante. Es la que salvó al ladrón que moría en una cruz fuera de Jerusalén. Es la que salvó al orgulloso fariseo en el camino a Damasco. Es la que puede salvar a cualquier hombre en cualquier momento".

Pobreza en el púlpito

“Si lo peor que se puede decir de un maestro es que no sabe enseñar, lo peor que se puede decir de un predicador es que no sabe predicar”.

John Osborn



“LA PREDICACION está atravesando tiempos difíciles. No hay muchos predicadores bíblicos en el púlpito hoy en día”. Así observaba el Dr. James E. Stewart, el famoso predicador escocés, en una entrevista personal que sostuve con él en Edimburgo. Cuando le pregunté a quiénes consideraba como predicadores bíblicos sobresalientes en los Estados Unidos, replicó: “Así, de repente, ninguno acude a mi mente”.

Ahora bien, el Dr. Stewart es considerado una autoridad en el campo de la predicación, un predicador bíblico sobresaliente. De manera que lo que él dice respecto de la predicación contemporánea, lo puede decir con autoridad.

Durante las décadas de este siglo, y aun del pasado, un coro cada vez más numeroso de voces ha deplorado el creciente empobrecimiento del púlpito. Ya en 1920, Harry Emerson Fosdick declaró que gran parte de la predicación se caracterizaba por la futilidad y la opacidad. Charles Spurgeon, el gran predicador

londinense, debe de haber escuchado a algunos de sus colegas antes de proclamar apasionadamente: “Es infame subir a un púlpito y volcar sobre la gente ríos de lenguaje, cataratas de palabras, con las cuales se sostienen meras trivialidades en solución como granos infinitesimales de medicina homeopática en un Atlántico de expresión”.

Los libros actuales sobre predicación también deploran la pobre condición de este arte. Uno atribuye la predicación inferior a la pereza, a la poca pericia y a un concepto depreciado de la predicación. Creo que la evaluación golpea de lleno en la cabeza. En efecto, un joven predicador en un seminario que yo estaba dirigiendo, declaró: “Predicar está pasado de moda. Es anticuado. Lo único que necesitamos es levantarnos y hablar unos diez minutos, entonces dejar que la congregación responda durante unos veinte minutos”. Repliqué: “¿Para qué? ¿Para conjugar la ignorancia y las opiniones personales de los oyentes? Ese no es el concepto bíblico de la predicación”.

Una vez por mes asumo como mi tarea escuchar la predicación de mis colegas. Escucho algunos excelentes sermones, pero la mayor parte de la predicación es mediocre y aun pobre.

No sólo los predicadores denuncian la pobreza de la predicación contemporánea, sino también los laicos, los que escuchan. Ellos sienten que la mayoría de los sermones son insulsos y sin interés, que el predicador los está sermoneando y usa un lenguaje que no les resulta familiar, y que gran parte de la predicación no se relaciona con sus necesidades.

Durante los años que serví como presidente de la Asociación de New Jersey, los laicos a menudo acudían a mí preocupados por la predicación que estaban escuchando. Una dama me dijo: "Tenemos un magnífico pastor; todos lo queremos. Pero no sabe predicar. ¿No hay algo que usted pueda hacer para ayudarlo?" Bueno, al menos lo amaban porque era un buen pastor. Pero no sabía predicar. Y escuché esto un buen número de veces.

Si lo peor que se puede decir de un maestro es que no sabe enseñar, lo peor que se puede decir de un predicador es que no sabe predicar. ¿Qué cosa peor podría oírse acerca de un médico que el hecho de que no puede sanar? ¿Qué cosa peor puede oírse de un predicador que el hecho de que no puede predicar? Predicar el Evangelio eterno es nuestra tarea primordial. No es extraño que muchos laicos estén chasqueados cuando mostramos ser ineficaces en esta función esencial.

Parece evidente que en tanto la iglesia moderna está creciendo, el púlpito moderno no crece, lo que suscita algunos interrogantes acerca de la clase de crecimiento que está experimentando la iglesia en estos días de extendida religiosidad. Muchos asisten a la iglesia sin el ardiente deseo de escuchar al predicador. Miembros se han acercado a decirme: "La predicación que escuchamos cada semana es pobre. Estamos deseando que pronto haya un cambio de pastor. Mientras tanto, pensamos permanecer aquí en nuestra iglesia. Estábamos aquí antes que llegara este pastor; nos proponemos estar aquí cuando él se vaya". Su motivación para asistir a la iglesia no es la predicación. Es su lealtad a la iglesia.

La buena predicación es sumamente importante para sus miembros, aun cuando no lo sea para usted. Una exhaustiva encuesta realizada

por la Iglesia Metodista Unida del Sur indicó que la mayoría de los laicos consultados en esta muestra reclamaban buena predicación. Luchan para mantener a los predicadores que saben predicar. El informe reveló además que la pregunta más frecuentemente formulada acerca de un potencial nuevo predicador es: "¿Sabe predicar?" Un interesante detalle incidental fue revelado por un superintendente que descubrió que una iglesia en su distrito había elevado el sueldo del predicador para el año siguiente a 3.000 dólares. Cuando averiguó el porqué de este gran aumento, los dirigentes de la iglesia replicaron: "No podíamos evitar de hacerlo. El sabe predicar y la gente llena la iglesia para escucharlo. Es el primer buen predicador que hemos tenido, y esperamos conservarlo. ¡Nuestro plan es subir su sueldo con tanta frecuencia que ustedes no puedan trasladarlo!"

Esta ilustración revela no solamente el interés que los laicos tienen en la buena predicación, sino también la triste escasez de predicación. Y lo que se aplica al púlpito metodista en esta investigación es igualmente aplicable a la iglesia en general, incluyendo la nuestra. Hoy hay preocupación en la Iglesia Adventista del Séptimo Día por la mediocre y aun pobre calidad de gran parte de su predicación. Un destacado profesor de Homilética y predicador por derecho propio ha dicho: "Hay un descontento generalizado con la calidad de la predicación adventista. Laicos que aman y respetan a sus ministros reconocen confidencialmente que desearían que su pastor pudiese predicar mejores sermones. Hombres que recorren iglesia tras iglesia y escuchan a muchos predicadores están preocupados por la calidad de lo que oyen".

Como parte de mis responsabilidades, realizo muchos viajes sobre una extensa área, visitando a los pastores y ayudándoles en diversos aspectos del ministerio. Una vez por mes asumo como mi tarea escuchar la predicación de mis colegas. Escucho algunos excelentes sermones, pero la mayor parte de la predicación es mediocre y aun pobre.

Recientemente asistí a una iglesia que tiene una feligresía de unos seiscientos miembros. El

Los que están interesados en escuchar a un predicador quieren oír lo que Dios tiene para decir más bien que la opinión del predicador, no importa cuán grande sea su brillo intelectual.

sermón del pastor esa mañana giraba en torno de una palabra bíblica clave. Resultó evidente que había buscado la palabra en una concordancia; escogió seis versículos sin relación entre sí en los cuales aparecía la palabra, y los enhebró juntos sin comentarios. Expresó algunos buenos pensamientos, pero el sermón fue desordenado, fragmentado y sin un punto central. Era obvio que había puesto en su mensaje poco esfuerzo de meditación o preparación. Tenía escasa relevancia para las necesidades de la congregación, y las ovejas se fueron sin alimento. Tal vez la pobreza en el contenido de su sermón fue una aberración inusual de ese día únicamente. Si es una muestra de la dieta espiritual que está recibiendo su congregación, es de lamentar.

Frente a un coro tal de insatisfacción con la predicación en boga de la iglesia cristiana, algunos han predicho su inminente defunción. Sienten que la época de predicar se está terminando y que está quedando rápidamente fuera de moda como medio de presentación del Evangelio. Los medios masivos de comunicación están tornando el púlpito obsoleto. La dinámica de grupos, el diálogo y la discusión lo están reemplazando.

Yo no comparto estos puntos de vista pesimistas, excepto para decir que los síntomas existen. No creo que la predicación morirá jamás, porque el Evangelio ha de ser predicado a todo el mundo hasta el mismo fin. Lo que está pasado de moda no es la predicación de la Palabra de Dios, sino la variedad común de predicación contemporánea. No es la predicación en sí misma que está pasando de moda tanto como nuestra moderna marca de predicación, y lo más pronto que ocurra, mejor.

Estamos siendo testigos del fenecimiento de la predicación que no es bíblica. La predicación humanística está perdiendo su atractivo. La artificiosidad psicológica se está volviendo crecientemente ineficaz. El énfasis sociológico está teniendo poco impacto en la decadente estructura de nuestra sociedad. Estos tipos de predicación ya han vaciado las iglesias de Europa, y ahora la gente de América también se está alejando rápidamente del tipo moderno

de la así llamada predicación, en búsqueda de algo mejor. La declinación de tal predicación no es razón para el pesimismo o el fatalismo. ¡Por el contrario, es un llamado al reavivamiento de la predicación bíblica!

La evidencia bíblica apunta la opinión de que la predicación sobrevivirá a su declinación. La promesa de Dios referente a la eficacia de su Palabra es aún verdadera. "Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié" (Isa. 55: 10, 11).

Los que están interesados en escuchar a un predicador quieren oír lo que *Dios* tiene para decir más bien que la opinión del predicador, no importa cuán grande sea su brillo intelectual. Hay un tremendo poder penetrante en la Palabra de Dios, "porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Heb. 4: 12).

Hasta qué punto es eficaz la proclamación de la Palabra puede ilustrarse con una experiencia del famoso Charles Spurgeon, que tenía que hablar en el Palacio Cristal de Londres. Como en sus días no había sistema de amplificación, Spurgeon fue al auditorio a practicar la proyección de su voz. De pie en la plataforma, proclamó en alta voz: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1: 29). Un conserje, que estaba trabajando en la galería más alta, escuchó este fragmento de la Palabra de Dios. Penetró en su alma como una espada de dos filos. No era cristiano, pero ahora, movido por profunda convicción, entregó su corazón a Cristo. ¡La proclamación de un versículo bíblico con el propósito de practicar un discurso transformó su vida! Este fue un milagro de la Palabra de Dios que no puede acreditarse a Charles Spurgeon.

En la práctica, la predicación puede ser vacilante o elocuente. La predicación vacilante, si es bíblica, puede realizar más para la salva-

La predicación ha sido una fuente de poder en la Iglesia desde su comienzo. Jesús predicó. Sus discípulos predicaron. Pablo predicó. A lo largo de todos los siglos cristianos la predicación ha sido el medio de Dios para salvar a los hombres.

ción de sus oyentes que la predicación elocuente si no es bíblica. No es el instrumento, sino la Palabra de Dios viviente, lo que otorga benditos resultados a la predicación. Dondequiera que la Biblia es fielmente expuesta, puede esperarse el cumplimiento de la promesa de Dios: "Mi Palabra no volverá a mí vacía".

El Señor puede usar más exitosamente al predicador laico más humilde que proclama la Palabra, que lo que puede usar al mayor predicador que proclama sus *propias* palabras.

La predicación sobrevivirá a su declinación porque es el método ordenado por Dios para ganar hombres para Cristo. "Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación" (1 Cor. 1: 21). Dios ha ordenado que hombres y mujeres sean salvados para El por medio de la locura de la predicación. Los hombres pueden predecir que la predicación se volverá obsoleta. El Señor tiene planes distintos.

La "locura de la predicación" parece ser una expresión extraña. En realidad, es el *contenido* de la predicación lo que constituye locura para el mundo. El Evangelio es un acto insano, a los ojos de los hombres, contrario a toda lógica humana. Consiste en la humillación de Cristo en la realidad histórica de su vida y muerte. Y los cristianos, también, siempre son necios para el juicio del mundo. Comparten la locura de la humillación de su Salvador. Predican conceptos del Evangelio aparentemente tan desvariados como el de volver la otra mejilla, ir la segunda milla, amar a los enemigos, hacer bien a quienes los usan maliciosamente. Predicar acerca del Cristo crucificado es locura para el corazón incrédulo.

No obstante, si bien es por medio de la locura de la predicación que algunos hombres han de ser salvos, necesitamos que se nos recuerde que nuestra predicación debería ser tan poco necia como fuere posible. En otras palabras, todo predicador debería mejorar constantemente su capacidad, como predicador de la Palabra. Es cierto que el Señor puede bendecir cualquier predicación de su Palabra no importa cuán humilde sea. Pero también es

cierto que El puede usar más eficazmente a un predicador altamente capacitado que a uno pobremente preparado, suponiendo que ambos son consagrados a Dios. El Señor usó poderosamente a humildes pescadores galileos, que llegaron a ser su apóstoles. El poder y la influencia de ellos sobre las almas salvadas mediante su ministerio son ilimitados. No obstante, fue el educado Pablo, con sus aptitudes y conocimientos superiores, el que hizo el mayor impacto en la iglesia temprana y en su ministerio.

Dios puede usar cualquier clase de instrumento que esté totalmente dedicado a El, pero puede utilizar una herramienta afilada más eficazmente que una desafilada. Una guadaña desafilada cortará algo de grano. Una afilada cortará mucho más. Por consiguiente, como estudioso de las Sagradas Escrituras y proclamador de sus verdades en el púlpito, el predicador debe esforzarse constantemente por mejorar en ambos aspectos. Debe sentir constantemente una santa insatisfacción con sus logros como estudioso de la Biblia y como predicador de la Biblia, que lo estimule a alcanzar una mayor capacidad en las dos cosas.

La predicación está pasando por tiempos difíciles. Estamos presenciando una triste declinación. Algunos están pronosticando su definitivo ocaso como una fuerza en el cristianismo. Reconocidamente, la predicación ha experimentado sus altibajos a lo largo de los siglos, pero siempre ha vuelto con poder y vigor. Cuando quiera ha habido un reavivamiento en el estudio de la Palabra de Dios, ha habido un reavivamiento en la predicación. La predicación ha sido una fuente de poder en la iglesia desde su mismo comienzo. Jesús predicó. Sus discípulos predicaron. Pablo predicó. A lo largo de todos los siglos cristianos la predicación ha sido el medio de Dios para salvar a los hombres.

La predicación bíblica revivirá nuevamente y persistirá hasta el fin. "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (Mat. 24: 14). ■

Pseudosermones

“Si bien es por medio de la locura de la predicación que algunos hombres han de ser salvos, nuestra predicación debería ser tan poco necia como fuere posible”.

John Osborn

AL SUBIR al púlpito como predicador visitante, encontré frente a mí una placa de madera con una inscripción que decía: “Predica la Palabra”. Más tarde descubrí que el lado de la placa que daba hacia la congregación tenía las palabras: “Así dice el Señor”. Un lado del púlpito le decía al predicador lo que se esperaba que hiciera; el otro lado le decía a la congregación lo que tenía derecho a esperar.

¿Con cuánta frecuencia diría usted que los predicadores no predicán la Palabra? ¿Con cuánta frecuencia diría usted que una congregación se siente chasqueada al no escuchar un “así dice el Señor”? A mi juicio es más a menudo de lo que quisiéramos creer. Como pastor, usted podrá decir: “Eso no puede ser. Yo siempre predico la Palabra cuando subo al público. Todos los ministros a quienes he escuchado predicán la Palabra, con raras excepciones”.

¿Qué significa predicar la Palabra? La palabra del Dios viviente se encuentra sólo en la Biblia. Se presenta en las páginas del Antiguo Testamento, comenzando con: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gén. 1: 1), y terminando con el versículo: “El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición” (Mal. 4: 6). Se presenta en las páginas del Nuevo Testamento, comenzando con: “Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán” (Mat. 1: 1) y terminando con: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén” (Apoc. 22: 21).

Cuando Pablo instruyó a Timoteo a predicar la Palabra, estaba afrontando la ejecución; su

ministerio activo había terminado. Nunca más tendría la oportunidad de pararse ante un gran auditorio y anunciar la Palabra de Verdad. Estaba a punto de poner el manto de la predicación sobre hombros más jóvenes, y lo hizo de una manera majestuosa: “Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la Palabra” (2 Tim. 4: 1, 2). Este es probablemente el llamamiento más solemne de todas las epístolas paulinas. Le está diciendo a Timoteo, y a nosotros, que la Palabra de Dios merece la proclamación más clara, más digna, más exacta, que un ministro es capaz de realizar. Muchos de nosotros hemos lamentado el hecho de que los púlpitos modernos han torcido el versículo para que diga: “Predica el mejoramiento social”, “predica el progreso cultural”, “predica la ética cristiana”. No se ha hecho ningún intento literal de cambiar el texto, pero se lo ha ignorado en favor de la proclamación de otros temas.

Un sábado estaba sentado en el culto de adoración de una de las iglesias más grandes de la denominación. El pastor leyó un texto que inmediatamente captó mi atención. Me dije a mí mismo: “¡Qué magnífica porción de las Escrituras para predicar! ¿Por qué no se me ocurrió preparar un sermón sobre este pasaje?” Me acomodé en el asiento con ansiosa expectativa. El pastor terminó de leer el pasaje, hizo algunos breves comentarios preliminares acerca de él, y luego se apartó de él para nunca volver. Levantó en alto un libro, anunció su autor y su título, y dio lo que en realidad era una reseña del libro. Es cierto, el libro era un



best seller; contenía principios psicológicos excelentes, como descubrí más tarde cuando lo leí. El material que presentó el pastor era interesante y fácil de seguir; contenía buena instrucción. Pero bajo ninguna circunstancia podría decirse que él había predicado la Palabra. Excepto por el pasaje inicial y unos pocos textos dispersos, no hubo proclamación de la verdad bíblica. Sin embargo, si le hubiera preguntado al pastor si había predicado la Palabra esa mañana, sin duda me habría mirado con asombro. ¡Por supuesto que lo había hecho! ¿No había iniciado su sermón con un pasaje bíblico? ¿No había citado textos bíblicos en su transcurso?

Cuando Pablo dijo "predica la Palabra", ¿quería él decir predica *de* la Palabra? ¿Quería significar predica *acerca de* la Palabra? ¿O predica *alrededor de* la Palabra? Cuando hemos predicado psicológica, sociológica o filosóficamente, acompañándolo todo con el uso de las Escrituras, ¿hemos predicado realmente la Palabra?

He notado entre los pastores la peligrosa tendencia de usar referencias de la Escritura para proveer un marco religioso para su presentación, y al hacerlo, sentir que han predicado la Palabra. Un texto de vez en cuando añade también suficiente sabor como para satisfacer las papilas gustativas para los que todavía ansían saborear la Palabra de Dios. Pero cuando se usan las Escrituras para subrayar una charla psicológica o filosófica, la están usando mal si tal práctica se considera una predicación de la Palabra.

Un principio homilético básico, entonces, es que las Escrituras no deben ser usadas para apoyar las ciencias. Cuando llega a la proclamación, la Palabra de Dios no debe apoyar las palabras de los hombres. Esto no quiere decir que un predicador nunca debe apoyar la verdadera ciencia con las Escrituras, porque Dios es el autor de ambas. Pero significa que cuando está predicando la Palabra, ella deberá ser exaltada, y no la ciencia.

¿Puede decirse que estamos predicando la Palabra cuando la usamos sólo como una plataforma de lanzamiento para nuestras observaciones religiosas? Cuando se abre la Escritura y luego se la abandona de inmediato, eso es *presentar* la Palabra, no *predicarla*. ¿Es el uso abundante de citas de las Escrituras en todo el discurso lo mismo que predicar la Palabra? Algunos predicadores tienen la capacidad singular de memorizar las Escrituras y citarlas con

tal velocidad y destreza que sorprenden a sus oyentes. La congregación se maravilla de su gran habilidad, y a menudo dice: "Este pastor realmente conoce su Biblia". Por supuesto, no han aprendido mucho con este enfoque tipo ametralladora. Como espectadores, han gozado de la demostración pirotécnica del conocimiento de las Escrituras. Pero la predicación bíblica no es meramente una predicación que contiene gran cantidad de pasajes bíblicos. Tal enfoque podríamos llamarlo *citar* la Palabra, pero no necesariamente representa predicar la Palabra.

¿Es el uso de textos de prueba predicar la Palabra? Muchas personas han hecho la decisión de aceptar a Cristo por medio de la predicación que utiliza textos de prueba. Sus mentes han llegado a convencerse de la validez de la verdad bíblica, ven la hermosa cadena de verdad y la aceptan eslabón por eslabón. Estando en armonía con lo que oyen, dan asentimiento intelectual a una lista de doctrinas, y se unen a la iglesia. En algunos casos sus mentes están convencidas, pero sus corazones permanecen sin ser afectados. Tal predicación es *comprobar* la Palabra. No es predicar la Palabra.

¿Qué es, entonces, lo que Pablo quiere decir cuando escribe: "predica la Palabra"? La palabra *predicar* viene de un término griego que significa "anunciar". Entonces, el predicador simplemente debe anunciar la palabra, esto es, la Palabra de Dios. Debe continuar la herencia espiritual en este asunto como se revela tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Una de los primeros ejemplos de predicación de la Palabra se encuentra en Nehemías 8: 1-9. El antiguo Israel se reunió en la plaza que estaba frente a la puerta de las Aguas y pidió a Esdras el escriba que abriera el libro de la ley de Moisés, el Pentateuco (toda la Biblia de ese tiempo), y les leyera de él. Mientras Esdras y otros dirigentes espirituales leían, explicaban el sentido de modo que los oyentes pudieran comprenderla, y toda la gente se puso a llorar cuando oyeron las palabras de la ley.

Aquí tenemos tres aspectos de la predicación de la Palabra. Primero: la Palabra debe ser presentada de modo que tenga sentido. Segundo: debe ser claramente comprendida. Tercero: debe afectar los corazones.

Un sábado nuestro Señor predicaba en la sinagoga de Nazaret, y escogió como texto una porción de Isaías 61. Después de leer en pie, se sentó —en la forma acostumbrada por los rabinos— para predicar acerca de ese pasaje, y

El propósito de la predicación bíblica es ayudar a los oyentes a comprender el significado de la Palabra de Dios. . . El objetivo definido de toda buena predicación expositiva es descubrir el significado del mensaje de Dios a la humanidad.

comenzó a decirles: "Hoy se ha cumplido esta escritura delante de vosotros" (Luc. 4: 21). El Verbo de Dios encarnado era el expositor de la Palabra de Dios escrita. Su propósito era explicarla, desenvolver su verdadero significado, y mostrar su relevancia a la situación actual. Felipe, el diácono predicador, siguió esencialmente el mismo esquema cuando explicó al eunuco el pasaje de Isaías 53. Felipe le preguntó: "¿Entiendes lo que lees?" Ante su respuesta negativa Felipe abrió su boca y comenzó desde esa Escritura a predicarle a Jesús. El propósito de Felipe era ayudar al eunuco a comprender Isaías 53 (véase Hech. 8: 26-40).

El propósito de la predicación bíblica es, entonces, ayudar a los oyentes a comprender el significado de la Palabra de Dios. El apóstol Pablo, que le indicó a Timoteo que debía predicar la Palabra, practicaba lo que predicaba. El libro de los Hechos nos cuenta que de acuerdo con su costumbre, Pablo fue a la sinagoga judía en Tesalónica y por tres sábados razonaba con ellos de las Escrituras, explicando y dando evidencias de que Cristo había de sufrir y levantarse de nuevo de entre los muertos. Lo hizo leyendo de las Escrituras y explicando su significado (véase Hech. 17: 1-3).

Otro breve ejemplo se encuentra en Hechos 28: 23. Durante el primer encarcelamiento de Pablo en Roma vivió en su propia casa alquilada, y la gente venía en gran número a su residencia para escucharle explicar las Escrituras, y solemnemente testificar acerca del reino de Dios, tratando de persuadirlos con respecto a Jesús, tanto a partir de la ley como de los profetas.

En resumen, estos conceptos bíblicos de la predicación de la Palabra incluyen: 1) explicarla; 2) dar el sentido de modo que pueda ser comprendida; 3) desarrollar grandes porciones de las Escrituras; 4) razonar a partir de ellas; 5) mostrar su aplicación a las necesidades de la gente; y 6) presentar evidencias conclusivas de la Biblia. Cualquier tipo de predicación que hace todas estas cosas ciertamente merece que se la llame predicación de la Palabra.

La predicación bíblica se describe mejor por medio del enfoque expositivo más bien que temático. Esto no significa criticar la predica-

ción temática, que es la forma más usual de predicación en la mayoría de los púlpitos. La herencia está demasiado fuertemente establecida. Su efectividad ha sido bien demostrada. Su capacidad de animar a los conversos en su fidelidad a Dios y a los inconversos a entrar en relación con Dios ha sido demostrada por siglos. Algunos de los más grandes predicadores de todos los tiempos han usado los temas. El punto no es que debemos abandonar la predicación temática, sino que debiéramos añadir una nueva dimensión. Suponiendo que la predicación temática y expositiva se hagan bien, ¡cuánto más persuasiva y llamativa es la predicación expositiva! Inicialmente, requerirá un poco más de tiempo y preparación. También será más exigente en el estudio, pero los resultados demostrarán ser más satisfactorios.

¿Qué es la predicación expositiva? La palabra expositiva viene de una raíz latina que significa "exponer, desnudar, dejar claro, explicar". La predicación expositiva es aprender lo que la Escritura realmente *dice* primero, por medio de la exégesis. También es aprender por medio de la hermenéutica, lo que la Escritura realmente *significa*. A esto sigue la explicación de modo que lo que la Escritura dice y significa pueda ser comprendido por los oyentes, y demostrar su relevancia para la vida contemporánea. G. Campbell Morgan decía: "El objetivo definido de toda buena predicación expositiva es descubrir el significado del mensaje de Dios a la humanidad y aplicarlos a la vida contemporánea. Esto es reducir todo al denominador más sencillo". Dwight Stevenson: "En la verdadera exposición, el sermón debe descansar en toda su amplitud sobre el pasaje. La proporción de las partes en el sermón debe ser un espejo fiel de las proporciones que tiene en la Escritura bajo estudio. No debe haber distorsiones por exceso de énfasis u omisión de las ideas principales". Lo que estos hombres dijeron es que la más alta forma de predicación bíblica es la selección de una porción de las Escrituras, larga o corta, de la cual la verdad de Dios se explica y se hace relevante a la vida de sus oyentes.

Hay muchos métodos efectivos para predicar en forma expositiva. El predicador exposi-

La única área en la cual se espera que el predicador se desempeñe mejor que cualquier otra persona es en la predicación de la Palabra.

tivo puede organizar su mensaje alrededor de un versículo clave por medio del cual interpreta un pasaje completo. G. Campbell Morgan, que muchos consideran el principal expositor bíblico del siglo XX, usaba el principio del contexto en la predicación bíblica, interpretando un pasaje bíblico a la luz de su contexto y dando importancia decreciente a los textos a medida que se alejaba hacia lugares más distantes del contexto. Una de las formas menos complicadas y más efectivas de desarrollar un sermón expositivo ha sido llamado el diseño de tres puntos: el ambiente, el significado y la relevancia. La predicación bíblica no se limita a un solo método de manejar las Escrituras, sino utiliza todos los procedimientos homiléticos usuales.

La metodología que se presentará en esta discusión fue desarrollada por F. D. Whitesell y Charles W. Koller, y perfeccionada por Lloyd M. Perry. Los tres eran pastores evangelistas conservadores en el Seminario Bautista del Norte, en Chicago. Su metodología aparece en los libros que ellos escribieron: F. D. Whitesell and Lloyd M. Perry, *Variety in Your Preaching* [Variedad en su predicación] (Old Tappan, N. J., Fleming H. Revell Co., 1954); Charles W. Koller, *Expository Preaching Without Notes* [Predicaciones expositivas sin apuntes] (Grand Rapids, Mich., Baker Book House, 1962); Lloyd M. Perry, *Biblical Sermon Guide* [Guía para sermones bíblicos] (Grand Rapids, Mich., Baker Book House, 1962) y *Biblical Preaching for Today's World* [Predicación bíblica para el mundo de hoy] (Northbrook, Ill., Moody Press, 1973).

Los beneficios de la predicación expositiva o bíblica son muchos. Primero, es un tipo de predicación que no se agota. Es posible que un predicador expositivo se mantenga en el mismo púlpito su vida entera sin repetirse. No ocurre esto con la predicación por temas. Uno pronto queda sin temas sobre los cuales predicar. Un pastor a quien una vez sucedí en un cierto pastorado, salió después de servir a la iglesia sólo poco más de dos años. Me sentí honrado de ser llamado a ese hermoso pastorado. Más tarde, cuando me encontré con el pastor anterior, le pregunté por qué se había ido tan pronto del lugar. Me dijo que había predicado todos los

266 sermones que tenía, y por lo tanto tenía que irse. De paso, era un predicador extraordinario a quien la congregación amaba profundamente, pero su enfoque temático de la predicación lo obligó a irse. Se le terminaron los temas después de un tiempo y tuvo que ir a otra iglesia y tocar el disco nuevamente. Al tratar con los temas de la Biblia en forma expositiva uno encuentra que hay una provisión interminable de material sermónico. En la corta vida de un hombre, difícilmente se pueden tocar más que los bordes de la Palabra de Dios.

Otro beneficio de la predicación expositiva es que hace que el predicador llegue a ser un experto en el campo en el cual se espera que demuestre excelencia. Al ministro se le pide que haga muchas cosas, y que las haga bien. Debe ser maestro, consejero, administrador, financista y organizador. Hay personas en su congregación que pasan la vida entera enseñando, aconsejando, administrando y en los negocios. Están mejor adiestrados que el predicador en esas áreas. El no podría ser superior a los que pasan una vida entera en una de estas profesiones. La única área en la cual se espera que el predicador se desempeñe mejor que cualquier otra persona es en la predicación de la Palabra. Como el Apolos de fama neotestamentaria, debe llegar a ser poderoso en las Escrituras. Como Wesley, debe ser conocido como el hombre de un solo libro. La predicación expositiva puede lograrlo.

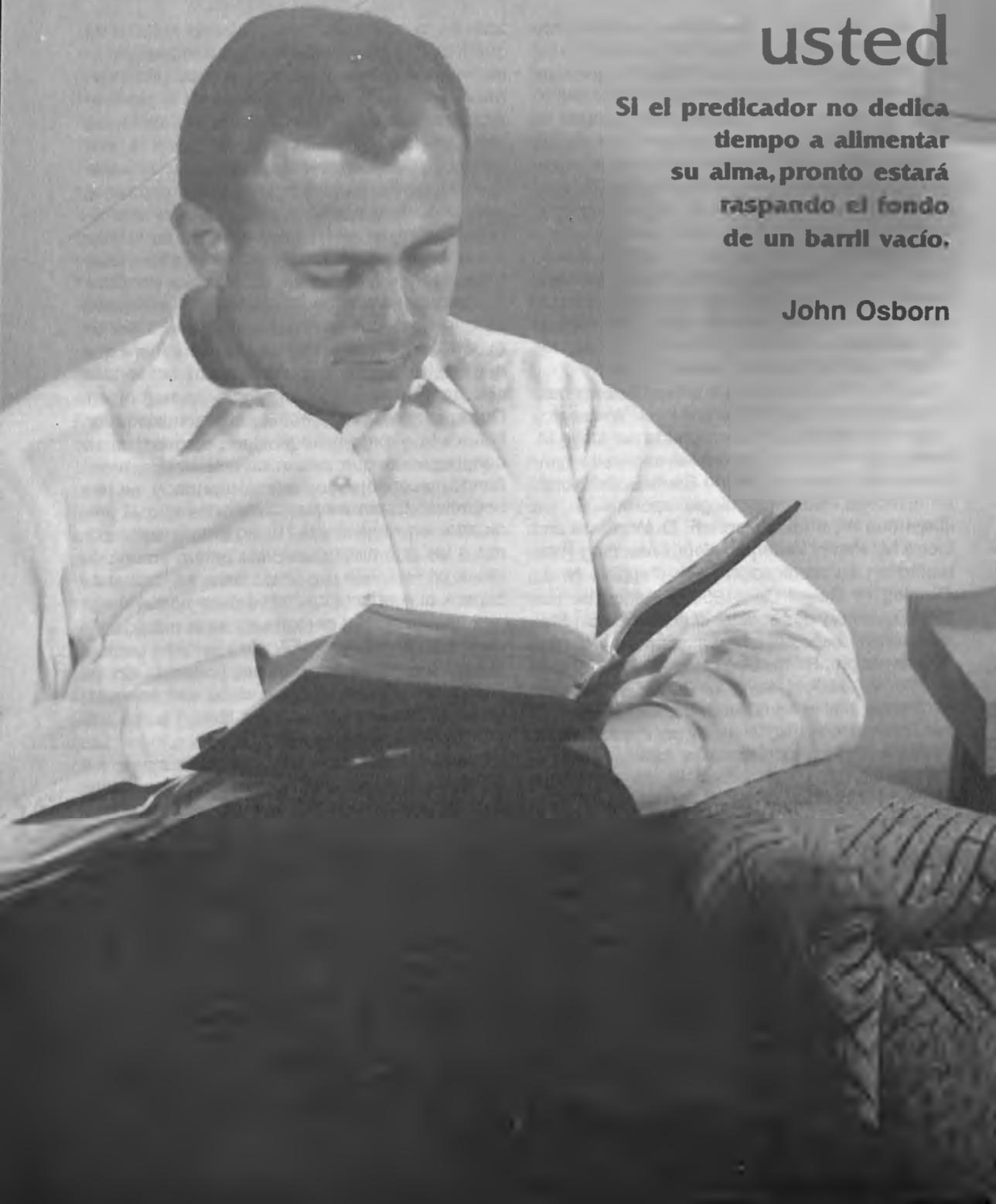
Además, la predicación bíblica le ayudará a llenar su iglesia con hombres y mujeres realmente regenerados y llenos del Espíritu. Al reunirse para adorar semana tras semana, le hacen la silenciosa pregunta: "¿Hay palabra del Señor?" No están interesados en la habilidad del predicador o en sus opiniones. La predicación bíblica ganará más almas para Cristo, y será una mayor garantía de que una gran proporción de ellos permanecerá salvo.

No importa cuál sea su habilidad actual en el púlpito, puede y debe mejorar. En temas futuros veremos cómo la predicación bíblica expositiva puede abrir nuevas dimensiones en las Escrituras tanto para nosotros mismos como para nuestras congregaciones al predicar la Palabra. ■

Primero, aliméntese usted

**Si el predicador no dedica
tiempo a alimentar
su alma, pronto estará
raspando el fondo
de un barril vacío.**

John Osborn



EN UN ARTICULO anterior contrasté la predicación basada en la exposición de una porción de la Escritura con la predicación temática, que consiste en la reunión de evidencias bíblicas en cuanto a un determinado tema. Alguien podría creer que considero que el método expositivo es la verdadera predicación bíblica y el otro no, pero éste no es el punto. La predicación de asunto puede ser muy bíblica, como también puede no serlo, del mismo modo que la predicación expositiva.

Sin embargo, es mucha más fácil que no sea bíblica la predicación temática que la expositiva. Un hombre puede elegir un tema, hacer el bosquejo, apuntalarlo con unos pocos textos bíblicos, y darle la forma y estructura que él quiere. El resultado *puede ser* una predicación bíblica pero, en muchos casos, no lo es. En el sermón temático usted puede exponer su propia filosofía y hacer que la Biblia lo respalde. En el sermón expositivo ocurre lo opuesto: usted no puede intervenir en el bosquejo, ni en el contexto, porque la misma Escritura ya lo determinó. De este modo, usted está completamente bajo el control de la Palabra de Dios.

Sin embargo, la causa del descrédito de la predicación expositiva fueron los predicadores que permitieron que degenerara en un continuo comentario. Se tomaba una porción de la Escritura, se citaba un versículo y se formulaban unos breves comentarios. Luego se citaba el siguiente versículo y se lo comentaba. Pero esto no le gusta a nadie, ni siquiera al que lo hace. Dwight L. Moody, dijo una vez: "Cuando era muchacho mi padre me mandaba a limpiar el jardín. Podía llegar a hacer un trabajo tan pobre ¡que tenía que clavar una estaca en el terreno para saber dónde debía continuar al día siguiente!" Algunos predicadores comienzan haciendo comentarios de la Palabra de Dios del mismo modo en que Moody limpiaba la maleza: un poco aquí, y otro poco allá. Y cuando su tiempo termina, anuncian el estudio de la próxima semana. Pero, por así decirlo, deben poner una estaca en tierra, porque saben que la predicación de la semana próxima será tan pobre como la que concluyó. El comentario continuo, indudablemente, no es predicación expositiva.

La Palabra de Dios nos ofrece notables ejemplos, tanto de la predicación temática como de la expositiva. En Lucas 24, nuestro Señor se une a dos discípulos que por el camino a Emaús se dirigen desde sus hogares a Jerusalén, y discute con ellos los episodios acaecidos en el fin de la semana de la crucifixión. Luego de que los discípulos afirman con tristeza: "Hoy es ya el tercer

día que esto ha acontecido" (Luc. 24: 21), Jesús les dice: "¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Luc. 24: 25-27). El tema era la cruz. Estos discípulos no habían comprendido su significado. Entonces, ¿qué hizo Jesús? Comenzó a revelar desde el Génesis y a lo largo de toda la Biblia todas las evidencias de sí mismo.

Consideremos ahora Hechos 8, donde encontramos otro incidente. En este caso, en vez de ser dos hombres que caminan, es una que regresa en su carro de Jerusalén a su hogar. El Espíritu de Dios ordena a Felipe que se una al carro. El hombre está estudiando la Biblia, especialmente Isaías 53. ¿Cuál es el mensaje de Isaías 53? El tema fundamental es: "Como cordero fue llevado al matadero". Felipe le pregunta: "¿Entiendes lo que lees?" Y el hombre le responde: "¿Y cómo podré si alguno no me enseñare? . . . ¿de quién dice el profeta esto; de sí mismo, o de algún otro?" Nótese que el relato dice después: "Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús" (Hech. 8: 35). Estoy convencido de que Felipe en su explicación fue más allá de Isaías 53, pero ¿cuál era el interés fundamental del eunuco? Su interés estaba en este capítulo en particular.

¡Qué piezas magníficas que debieron de haber sido estos dos sermones! Luego el sermón temático de Cristo, los discípulos se preguntaban: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros?" (Luc. 24: 32). Hermanos, cuando predicamos de la Palabra de Dios, los corazones de nuestro pueblo —y también los nuestros— debían arder. Del etíope la Biblia dice: "Y siguió gozoso su camino" (Hech. 8: 39). ¿Por qué? Porque había encontrado al Mesías; Felipe se lo había dado a conocer a partir de aquel capítulo que estaba leyendo.

Por lo tanto, la predicación temática y la expositiva pueden ser bíblicas. Ambas son metodológicamente válidas. Jesús utilizó las dos. Ya hemos visto un ejemplo de una predicación temática del Señor, aunque El también fue un predicador expositivo. Si no piensa lo mismo, lea el Sermón del Monte (Mat. 5, 6 y 7), y vea la exposición de las verdades fundamentales del Antiguo Testamento. Es un sermón descolante. Con esto no quiero decir que usted debe abandonar la predicación temática por la expositiva. Más bien, deseo que aprenda esta nueva

dimensión de la exposición bíblica y la presente a su iglesia. Es posible que usted mismo descubra que *quiere* cambiar.

Otro aspecto por considerar es que un sermón expositivo no es algo que usted puede preparar el viernes (o el sábado) de noche para predicarlo al día siguiente. Lo mismo se puede decir de un buen sermón temático, aunque es mucha más fácil a último momento unificar un tema y predicarlo. Yo lo hice; me he visto atrapado. He estado muy ocupado toda la semana y el viernes por la noche me siento a preparar un sermón para el sábado por la mañana. Y, después de todo, si usted no confiesa haber hecho lo mismo, ¿es porque soy más honesto que usted! Después he tenido que estar en la puerta el sábado de mañana al finalizar el culto, y decirme: "No quisiera ver a nadie". Por supuesto, nunca falta un alma caritativa que se acerque y me diga que prediqué el sermón más maravilloso que oyó alguna vez, pero no me puedo engañar, sé muy bien cuál es la realidad. La Escritura promete que la Palabra de Dios no volverá vacía. Aun cuando se la presente pobremente, Dios tiene un camino para que su verdad alcance los corazones de los que escuchan y reciban su ayuda. Pero esto no es excusa para que no dediquemos tiempo a la preparación del sermón, y la predicación expositiva nos estimulará a dedicar más tiempo en la confección del discurso.

Posiblemente, usted recuerde la leyenda de Sísifo, al que se lo obligaba a empujar una enorme piedra hasta la cima de una colina, sólo para verla caer en el momento de alcanzarla. Luego debía comenzar a empujarla nuevamente hasta la cima. Algunos predicadores afrontan esta misma frustrante experiencia. Cada semana deben comenzar a empujar el sermón hacia las once y media del sábado siguiente, y luego que llegan las doce, están de nuevo al pie de la colina y deben comenzar a empujar nuevamente. Muchos pastores no saben de qué predicarán la semana siguiente. Un clérigo holandés dijo: "No es el púlpito el que debiera conducirnos al texto, sino el texto el que debiera llevarnos al púlpito". Debíamos consustanciarnos tanto con algunos pasajes que nos cueste esperar hasta la siguiente oportunidad que tengamos para presentarlos delante de nuestra iglesia. Debíamos sentir que es el texto, y no el púlpito, el que nos lleva a predicar. ¿Cómo logramos esto?

La preparación adecuada de un sermón requiere un estudio profundo y continuo de la Biblia. Antes que lleguemos a ser predicadores

de la Palabra debemos llegar a ser estudiosos de la Palabra, y no creo que la mayoría de nosotros podamos decir que somos verdaderos eruditos de la Biblia. Salvo algunas excepciones, no nos hemos involucrado en el estudio de la Escritura, ni como predicadores ni como laicos.

Una vez escuché al anglicano John Stott en una disertación sobre 1 Timoteo 2 que dio a los alumnos de teología de la Evangelical Divinity School, en Deerfield, Illinois. Habló sin notas, y extrajo de ese capítulo algunos de los conceptos más notables que alguna vez haya escuchado. Hizo un trabajo expositivo tan magnífico que pensé: "Ahora sé por qué este hombre es uno de los predicadores más destacados de nuestro tiempo. Conoce bien la Biblia". Luego lo escuché en Pasadena, California, y compré cada uno de sus libros que estaban en venta. Los leí todos. No puedo aceptar su exégesis en todos los aspectos, pero me sorprendió descubrir cuánto se asemeja su enseñanza fundamental a mi propia comprensión. La razón es sencilla: cuando alguno de nosotros, sin importar su raigambre denominacional, se acerca a la Palabra de Dios, nuestros conceptos religiosos y teológicos se aproximan.

¿Cómo podemos llegar a ser verdaderos estudiantes de la Palabra? Antes que nada, el aspecto fundamental de todo predicador es el estudio devocional de la Biblia. Supongo que usted dedica un momento devocional cada día para alimentar su alma, sin pensar específicamente en las necesidades de su congregación. Si no se alimenta primero a sí mismo, no podrá alimentar a su congregación. Sólo estará rascando el fondo de un recipiente vacío. Todo hombre debiera tener un momento devocional, aunque sólo sea una media hora o un cuarto de hora.

En segundo lugar, se debiera estudiar la Biblia exegéticamente. Sus frases, sus palabras y sus oraciones debieran ser cuidadosamente analizadas para descubrir su significado exacto. "No se saca sino un beneficio muy pequeño de una lectura precipitada de las Sagradas Escrituras. . . Un pasaje hasta que su significado nos parezca claro y evidentes sus relaciones con el plan de la salvación, es de mucho más valor que la lectura de muchos capítulos sin un propósito determinado" (*El camino a Cristo*, pág. 90).

Me gustaría recomendarle un plan de estudio que personalmente practiqué por muchos años, y que encontré enormemente provechoso. Me gustaría recomendarlo especialmente a

los que están comenzando su ministerio. Si usted es capaz de pasar una hora por día durante noventa días con un solo libro de la Biblia, en poco más de dieciséis años habrá dedicado tres meses a cada libro de la Biblia. Y cuando usted haya estado en el ministerio dieciséis años, estará en lo mejor de su carrera. Desde allí en adelante, su predicación crecerá cada vez con mayor poder.

Usted sabe bien que no hay tal cosa como un pastor que se retira y se transforma en un agente de bienes inmuebles. Si conoce la Palabra, la gente querrá escucharlo mientras tenga fuerzas suficientes. Su predicación continuará en buena forma mientras su mente esté lúcida.

Por lo tanto, ¿cómo seguirá este plan de estudio de la Biblia? Antes que nada, elija un libro pequeño de la Biblia. Hay varios libros breves —Filemón, Timoteo, Tito, Jonás. Estos libros tienen sólo tres o cuatro capítulos. Luego de elegir uno, decidase a vivir con él durante noventa días.

He aprendido algo de G. Campbell Morgan. Antes de empezar a preparar sus estudios en cuanto a un libro, lo leía unas cincuenta veces. Un día me dije: “Yo nunca leí un libro cincuenta veces. ¿Qué me puede pasar si lo hago?” Y bien, me tomó ocho minutos leer Filipenses. Sólo tiene cuatro capítulos; pude leerlo todo en ocho minutos. En noventa días lo pude leer fácilmente cincuenta veces. Por lo tanto comencé a leer todo Filipenses. Y así fue como evolucionó mi plan de estudio de la Biblia, un plan que le recomiendo.

Primero, me siento y leo el libro de la Biblia que voy a estudiar con el objetivo de lograr una visión panorámica. Cuando termino, lo vuelvo a leer en la *Revised Standard Versión*, en la *King James Version*, en la *New American Standard Bible*, en la *The New English Bible*, en la versión de Moffat, y en todas las demás. Lo leo una y otra vez, del principio al fin. De hecho, que para que me ayude en mi lectura oral lo grabo en un casete. De este modo, cuando voy conduciendo mi automóvil, puedo escuchar el libro que tengo grabado. Los pastores a menudo pasan mucho tiempo manejando, y se puede progresar mucho de este modo.

¿Qué he estado haciendo? Hermanos, no hay nada en el mundo que produzca mayor gozo al alma que leer cierta porción de la Escritura, “acampar” con él, y vivirlo.

Luego reflexioné: “Seguramente, a medida que lea este libro el Señor me dará algunos pensamientos”. No estoy leyendo a ningún otro. Hay sólo tres elementos: el Espíritu Santo,

la Palabra de Dios y yo. Nada más. Ningún comentario bíblico; ninguna otra lectura. Entonces me venía la idea, y pensé: “Si el Espíritu de Dios te da un pensamiento, ¿por qué no lo escribes?” Así fue que me hice un cuaderno de apuntes, con una página para cada capítulo y para cada versículo de todo el libro. No era un cuaderno muy voluminoso. Ahora no recuerdo cuántos versículos hay en Filipenses, pero dediqué una página al capítulo uno, y luego una página para cada versículo del capítulo uno. Así hice después con todo el libro. Dejé un espacio al comienzo del cuaderno, y me pregunté si podría encontrar alguna referencia de por qué se había escrito este libro, o quién lo escribió y cuándo lo hizo. De esta manera logré una visión de Filipenses que nunca antes había tenido. Hermanos, cuando estudien las Escrituras, abandonen toda opinión preconcebida y todo prejuicio personal. No acepten meramente las ideas de otros hombres. Aprendan por sí mismos lo que Dios está diciendo allí.

Tenía un cuaderno en blanco, con una página destinada al autor del libro. Otra se refería al lugar donde fue escrito. En otra analizaba las causas por las que fue escrito. Estos aspectos estaban en el encabezamiento, y luego seguí dedicando una página para cada versículo.

Hermano, cuando usted realiza esta clase de programa de estudio, permítame decirle lo que ocurre cuando llega la mañana. Usted estará ansioso por levantarse mucho antes de que lo haga su esposa y sus hijos. Usted querrá hacerlo para orar: “Señor, debo alimentar mi alma”. ¿Recuerda cuando nuestro Señor oraba en el huerto del Getsemaní? ¿Por quién oraba? Básicamente, oraba por sí mismo. Estaba realizando la gran decisión final por todo el universo. Sus discípulos estaban durmiendo y roncando plácidamente, mientras el Señor estaba solo, aferrado a Dios. Y nosotros necesitamos tener su misma experiencia. “Señor, ayúdame a alimentar mi alma. Sin importar lo que necesite mi pueblo. Ayúdame esta mañana a encontrar lo que mi alma necesita”.

Por lo tanto, me siento con la Palabra de Dios y con mi cuaderno de notas. Siempre oro en primer lugar, y luego comienzo a leer. Cualquiera sea el comentario o la idea que acude a mi mente, busco la página en blanco y la escribo. En el margen pongo JWO, que son mis iniciales. En unos instantes más verá la razón de esto.

Hermanos, Dios habla a sus mentes así como lo hace a la mente de cualquiera, y

cuando el Espíritu de Dios le conceda hermosos pensamientos en cuanto a su Palabra, grábelos, porque se le pueden esfumar y es muy posible que nunca más regresen. ¡Escribálos!

Decidí vivir durante noventa días con Filipenses, y cuando lo logré, pensé: "Bueno, esto es sólo el comienzo, después de todo, no sé si voy a tener tiempo antes de jubilarme de hacer lo mismo con todos los sesenta y cinco libros restantes". Pero disfruté tanto de mi estudio que continué avanzando.

Y entonces pensé: "¿Qué opinan los expertos que pasaron muchos años estudiando la Biblia?" Quise encontrar todo libro que hubiera sido escrito sobre Filipenses e hice una ficha de identificación bibliográfica para cada fuente. También le pregunté a cada uno de mis colegas en el Seminario si conocían algún buen libro que pudieran recomendarme sobre Filipenses. Algunos de estos libros contaban con un buen aparato bibliográfico que, obviamente, incluí en mi fichero personal.

De este modo, reuní la mayor bibliografía posible sobre Filipenses. Por medio del estudio y del contacto con ciertos autores que conocí y por la lectura de ciertos libros, escogí algunos y los compré. Luego en mi estudio personal de cada mañana intentaba dividir mi tiempo entre la lectura devocional y la lectura exegética de Filipenses. De todos modos pasaba algunos minutos leyendo Filipenses desde el comienzo al final, a fin de obtener una visión completa.

Y ahora recuerde, este programa de estudio no distrae tiempo de su labor diaria. Más bien es una forma de emplear el tiempo devocional para hacerlo más provechoso. No le estoy diciendo: "Añada esto a lo que está haciendo". Sencillamente le digo: "Haga esto, en vez de leer azarosamente la Biblia".

A medida que leo un libro, le otorgo a cada uno una clave abreviada. Si tomo por ejemplo el libro de Roy Lorne, *Life Begins*, le hago una ficha bibliográfica, y abrevio *Life Begins* con la clave *LB*. Y bien, ¿por qué hago esto si tengo la bibliografía allí? Es que a medida que voy leyendo el libro de Roy Lorne, podré escribir todo lo que me resulte significativo y que me interese en la misma página en mi cuaderno. Entonces pondré *LB* y el número de página en el margen. De este modo no necesito volver a escribir la bibliografía. Si llego a olvidar qué significa *LB*, todo lo que tengo que hacer es acudir a mi ficha bibliográfica y ver qué es la abreviatura de *Life Begins*, el libro de Roy Lorne.

¿Cuánto tiempo he pasado acumulando este material? Pasé casi un año con el libro de Filipenses. No sólo mi espíritu se benefició, sino que dos resultados fundamentales surgieron como consecuencia del estudio. Número uno, podía tener una serie de reuniones de oración por semanas y semanas. Cuando usted ha convivido con un libro de la Biblia por tanto tiempo y lo considera capítulo por capítulo todos los miércoles por la noche, le puedo asegurar que la gente vendrá a escuchar una explicación tan buena de la Palabra de Dios. Nuestra iglesia ama escuchar la Palabra de Dios de un predicador que sabe lo que habla. Y cuando ha convivido con un libro durante noventa días, usted sabe muy bien lo que está diciendo, y tiene algo que decir.

El otro aspecto consecuente de estudiar de este modo es que encontrará en el libro de Filipenses una innumerable cantidad de sermones para predicar. Los bosquejos florecerán por todas partes. Tengo bosquejos de Filipenses que no me atrevería a predicar, porque no importa cuán bueno sea usted, si predica largo sobre cualquier asunto, a su iglesia no le gustará. Y si bien le gustan los temas en serie, también les gusta que la serie termine. Y a menos que usted sea un predicador extraordinario, una serie de seis u ocho temas ya es suficiente. De este modo, tendrá una cantidad enorme de material para predicar. Su problema ahora no será: "¿De qué cosa voy a predicar la semana siguiente?" Sino que su verdadero problema será: "De todos estos sermones, ¿cuál voy a predicar?" Y le aseguro que esta es una frustración mucho más agradable.

Hermanos, cuando comiencen a apilar libros en su estante y a concentrar su estudio sobre un libro especial de la Biblia, descubrirán que una vez que predicaron una parte de este material, querrán analizar algún otro tema. No debieran pasarse todo el año siguiente predicando el libro de Filipenses. Podrán predicar seis u ocho sermones de estudio. Pero el enfoque expositivo les otorga una enorme cantidad de material para predicar y para enriquecer su predicación, sin importar cuál sea la porción de la Escritura elegida.

Nuestro objetivo será predicar de algo que encienda los corazones. "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?" (Luc. 24:32). El corazón de nuestro pueblo arderá sólo si nuestros corazones sintieron antes el calor de la llama en el estudio personal de la Escritura. ■

¿Cuál es la gran idea?

**¿Dónde obtiene un predicador ideas para sus sermones?
¿Y qué hace con ellas una vez que las obtiene?**

John Osborn

HAY SOLO DOS maneras –una bíblica y otra extrabíblica– para obtener una idea para un sermón: Usted puede estar leyendo la Biblia, y de repente surge una idea que lo lleva a un sermón. O quizá usted ve el cartel que anuncia el sermón de otro predicador, o lee un libro, o escucha a alguien que hace una declaración, y súbitamente tiene una idea.

Las ideas deben estar basadas en la Biblia

Si usted obtiene su idea directamente de la Biblia y aplica aquella verdad a la vida, entonces tiene un sermón bíblico. Pero supongamos que usted está dando un paseo y ve el cartel de una iglesia que le da una idea. Yo lo hice una vez; vi el anuncio en el cartel de una iglesia: “El alto costo de vivir barato”. (¡Usted sabe cómo copiamos títulos unos de otros!) Ese era un buen título. Pero no pude haber predicado un sermón bíblico acerca de ese título. Tuve que ir a la Biblia y encontrar una verdad bíblica que ilustrara lo que quería decir con “El alto costo de vivir barato”. De manera que si usted obtiene una idea fuera de la Biblia, no ha de predicar acerca de esa idea como un sermón bíblico, a menos que la pueda encontrar en la Palabra de Dios. Este es un concepto básico, fundamental. Cuando uno obtiene una idea, debe ir a las Escrituras y encontrar una porción predicable que este asociada.

Una idea para sermón, entonces, no es de valor a menos que pueda ser orientada bíblicamente. Ante todo, un predicador bíblico tendrá presente que la única verdad que puede o debe predicar es la verdad bíblica. Cada idea que usted usa debe tener un sólido fundamento en la Palabra de Dios. No hay excepciones. Si

usted no puede encontrar un versículo que acompañe la idea, usted puede, quizá, dar una buena charla, pero no podrá predicar un sermón bíblico, puesto que los sermones sólo se basan en la Palabra de Dios. Y una vez que la idea se sumerge en el texto, lo importante de allí en adelante no es la idea, sino el texto.

Número dos, la idea debe ser una *gran idea*, algo que se pueda desarrollar como un sermón poderoso. El sermón se origina en el momento exacto cuando la idea aparece por primera vez. Si la idea es débil, el sermón será débil. Si la idea tiene poder, el sermón ha de ser igualmente poderoso.

Número tres, la idea debe ser relevante para las necesidades de los oyentes. La predicación bíblica es más que hablar de la vida amorosa de los Jebuseos (¡por más “bíblico” que pueda ser este tema!). Quien escuche desde su asiento querrá saber: “¿Qué tiene que ver con *mi* vida amorosa?” La verdad de la Biblia siempre debe aplicarse y ser relevante para quienes escuchan. ¿Qué puede haber logrado usted, aun si predica la Biblia, si la gente sale diciendo: “¿Y ahora qué?” Aquí hay una fórmula algebraica para la predicación bíblica: *exégesis* (lo que significa la Palabra) más *aplicación* (lo que ese significado tiene que ver conmigo) igual a *predicación bíblica*.

¿De dónde vienen las ideas extrabíblicas? Un predicador tiene que desarrollar una mente homilética que esté de tal manera en constante operación que llegue a ser una segunda naturaleza para él. Siempre tiene que estar pensando: ¿cómo puede esto llegar a ser un sermón? ¿Qué puedo hacer con esto? A medida que usted cultiva esta mente homilética, estará más alerta a todas las ideas posibles. Al visitar a los

Un predicador tiene que desarrollar una mente homilética que esté de tal manera en constante operación que llegue a ser una segunda naturaleza para él.

feligreses en sus hogares, al relacionarse con ellos en la iglesia, usted escuchará cosas que le darán ideas. Usted debe tener hábitos de lectura sistemática, y conseguirá cantidad de ideas espléndidas de la historia, las biografías y la literatura. A veces un himno o una cartelera, o una observación cuando viaja será la chispa para la idea de un sermón. W. L. Watkins dice: "El cerebro de un verdadero predicador está siempre en estado de fermentación, y cientos de discursos en potencia esperan su hora".

Siempre estoy buscando ideas, y cuando tengo una, siempre la anoto. Tengo miles de ellas que nunca he usado y probablemente nunca lo haga. Pero cuando recojo ideas aquí y allí, las pongo en fichas. (En realidad, uso hojas de papel. Las fichas son muy caras. Vaya a un impresor y dígame: "Corte algunas hojas de su papel sobrante y cóbremelas por lo que pesan". Usted conseguirá una buena cantidad, y esto será mejor que ir a un negocio o librería y comprar cien fichas. ¡De todas maneras, las fichas son muy gruesas!)

O quizás usted quiera usar carpeta de hojas sueltas. Phillips Brooks usaba una libreta. El Dr. Torrey tenía un "libro de pensamientos" que incluso ponía cerca de su cama. No importa el método que use, el objetivo es atrapar la idea y escribirla. Esas pepitas de oro no permanecen en su mente; vuelven al subconsciente y se pierden para siempre. La única manera de conservarlas es escribiéndolas.

Unidades lógicas

Ahora, al desarrollar las ideas bíblicas en sermones y al confrontar las ideas extrabíblicas con la Escritura, un principio básico es que siempre desarrollemos una unidad lógica. Puede ser un libro entero de la Biblia. Por ejemplo, usted puede predicar acerca del libro de Filipenses. El tema básico de ese libro es el gozo; se puede encontrar ese tema a lo largo del libro y predicar acerca del gozo en Filipenses.

Un capítulo de un libro puede ser una unidad lógica. Este no es siempre el caso, por supuesto. 1 Corintios 13 no es una unidad lógica. Comienza lógicamente en 1 Corintios 12. El último versículo de 1 Corintios 12 dice:

"Mas yo os muestro un camino aun más excelente", y entonces el capítulo 13 nos cuenta cuál es ese camino. Los capítulos no han sido divididos apropiadamente. La división en capítulos no es inspirada, ni lo son los párrafos y la puntuación.

Una unidad lógica puede ser una sección de un libro. El Sermón del Monte comienza con Mateo 5 y termina en Mateo 7. Es una unidad de tres capítulos.

Un párrafo es una unidad lógica fundamental. Usted no puede predicar en base a la mitad de un párrafo, porque el párrafo es una unidad lógica. La Biblia ha sido escrita gramaticalmente, y usted debe tomar en consideración la estructura gramatical, puesto que es la base de la comprensión. La Escritura no es una mezcla de palabras. Las palabras están todas unidas por relaciones sintácticas que entregan pensamientos e ideas.

Sé que uno puede predicar en base a determinadas frases. Pero estoy hablando de predicaciones expositivas, que son las que están basadas en una unidad lógica de la Escritura: un libro, una sección de un libro, un capítulo, un ramillete de párrafos que combinen, o un versículo.

De manera que una vez que usted tiene su idea, debe relacionar esa idea con una unidad de la Escritura. Entonces el sermón completo —sea cual fuere— ha de extraerse de esta unidad, de esta porción predicable. La predicación expositiva permite que su sermón se apoye completamente en el texto.

Si usted está aprendiendo a predicar expositivamente, es mucho mejor que escoja unidades grandes al principio. La razón es que mientras más grande es la unidad, más fácil es extraer un bosquejo de ella. A medida que usted se familiariza más con la preparación de sermones expositivos, puede seleccionar porciones más pequeñas y obtener grandes cantidades de verdad de ellas.

¿Qué dice?

Una vez que fije su unidad de predicación, debe determinar el contenido básico de cada párrafo de esa unidad. Si su unidad de la Biblia

Si usted está aprendiendo a predicar expositivamente, es mucho mejor que escoja unidades grandes al principio. La razón es que mientras más grande es la unidad, más fácil es extraer un bosquejo de ella.

es solamente un párrafo, todo lo que usted tiene que descubrir es el tema de ese párrafo. Pero si es una selección de párrafos, usted tiene que decidir qué es lo que cada párrafo está diciendo, cuál es el tema general que los reúne. ¿Cómo lo encuentra?

Primero, lea toda la porción de la Escritura en diferentes versiones para obtener diversos puntos de vista. (Cada predicador debiera hacer una colección de versiones bíblicas. Incluso puede comprarlas en librerías de segunda mano.) Si no ha olvidado su griego o su hebreo, léalos en el original. Observe la porción de la Escritura sin ideas preconcebidas acerca de su contenido. Pregúntese a sí mismo: ¿Qué es lo que realmente dice este párrafo? ¿Cuál es su contenido básico?

Permítame ofrecerle una pequeña idea: Una parte muy importante de la preparación del sermón es una hoja de papel partida por la mitad. Use la parte de atrás de cartas circulares o papel mimeografiado que ya no sirva. Corte las hojas por la mitad y únalas con un clip. Cada vez que tenga una idea, no importa cuán extraña o peregrina resulte, sea corta o larga, escríbala, dedique una hoja para cada idea. (Yo acostumbro a hacer una lista de todas ellas en una sola hoja, y luego las copio nuevamente para separarlas.) A medida que lee la porción de la Escritura en diferentes versiones, escriba cualquier idea que se le ocurra. Pronto descubrirá que esas ideas comenzarán a apilarse, y tendrá un gran número de hojas. Ahora, cuando usted se ponga realmente a hacer el sermón, muchas de ellas no tendrán valor en absoluto, pero esto sólo lo sabrá después. Así que anótelas todas.

Determine el contexto

Al analizar la porción de la Biblia, pregunte: ¿Cuál es su relación con el libro completo? Usted debe conocer el contexto del libro, pues ¿cómo puede conocer usted realmente el significado del texto sin conocer su contexto? Por esto, añada a su biblioteca unas cuantas buenas introducciones a ambos testamentos. El *Manual Bíblico de Halley* es muy común. El *Manual Bíblico de Unger* es otro. Estos le

darán el quién, cuándo, dónde y porqué de los libros de la Biblia.

Usted ha escuchado que un texto sin contexto es un pretexto. Usted debe predicar dentro del contexto. Su versículo es parte de un todo, y usted debe conocer la relación de la fracción con el total. Usted no tiene el derecho de sacar un versículo independientemente de su ubicación y decir que dice algo, como tampoco tiene derecho de sacar un párrafo de una carta y citarlo como el contenido pleno de la carta. El párrafo puede tener un significado diferente en el contexto de la carta que el que tiene cuando está aislado del mismo. De manera que es importante, en primer lugar, que usted conozca el esquema más amplio del libro.

Haga preguntas como: ¿Quién escribió este libro? ¿Cuál es su tema principal? ¿Dónde fue escrito? ¿Cuándo? ¿A quién? ¿Qué motivó la escritura original? ¿Hay algunos términos que se repiten una y otra vez? ¿Qué enseña acerca de Dios? ¿Es argumentativo el tono general? ¿Exhortativo? ¿Instructivo? Prepare un esquema general y amplio del libro. Dé especial atención a los cambios en el tema tratado. ¿Por qué es importante saber esto? Usted descubrirá que cuando pedita del texto, el escenario también se proyectará a sí mismo en su sermón, y gran cantidad de elementos que tienen que ver con las generalidades del libro son relevantes al texto específico que está usando.

Tal repaso de cada libro de la Biblia puede ser algo delicioso sobre lo cual trabajar, y una vez que usted lo haya hecho, lo tendrá para siempre. Si quiere llegar a ser un predicador bíblico, quisiera sugerirle que prepare un archivo con una carpeta para cada libro de la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Cuando complete la investigación del contexto de un libro particular, póngala en esa carpeta. Añada cualquier material que consiga de tanto en tanto, y los tendrá allí a mano la próxima vez que predique de ese libro.

Además, algunos libros de la Biblia son parte de un conjunto de libros, y usted los puede entender mejor cuando los ve a la luz del conjunto. Los Evangelios –Mateo, Marcos, Lucas y Juan– son un conjunto tal. El Penta-

teuco, los profetas mayores, los profetas menores y las epístolas paulinas, son otros ejemplos.

Lo siguiente que usted desea saber es: ¿Cómo calza la porción predicable con el material que viene antes y después, el contexto inmediato? Quien habla en el contexto inmediato puede ser alguna persona distinta de quien habla en el mismo tema. Por ejemplo, Lucas escribió el libro de Hechos, pero ¿quién habla en Hechos 26? Pablo. Así que usted tiene que conocer qué clase de persona es él. ¿Cuál es su carácter? ¿Cuál es su edad? ¿Su contexto? ¿Su preparación? ¿A quién está hablando? ¿Cuándo ocurrió? ¿Dónde? ¿Por qué? A medida que se hace estas preguntas de su porción elegida para predicar, obtiene respuestas y las escribe. Sin embargo, todavía no sabe cuál es el tema. Usted está tratando de encontrar, con la asistencia del Espíritu Santo, lo que el pasaje realmente dice.

No se entregue a la *eiségesis* –lo que usted piensa que dice. Haga *exégesis* –lo que realmente dice. Este es uno de los problemas más grandes cuando se comienza a predicar. Es sorprendente cuántas veces leemos en un texto algo que creemos que dice, y no lo dice en absoluto. Una vez que usted escoja una porción de la Escritura, abandone toda idea preconcebida, todo prejuicio personal, y trate de mirar el texto como si nunca lo hubiera visto antes. ¡Es difícil hacerlo! Sólo el Espíritu Santo puede ayudarlo. Pero si no se acerca a las Escrituras con una oración para que el Espíritu Santo ilumine su corazón a fin de conocer el verdadero significado del texto, puede extraer de la Escritura toda clase de cosas.

Repasemos. Usted obtiene una idea, tanto de la Escritura como de fuera de ella. Su idea lo conduce a una porción de la Escritura. Esa porción de la Escritura debe ser una unidad: puede ser un párrafo, varios párrafos, un capítulo, o más. Pero debe ser una unidad lógica. Entonces, analiza la porción para predicar de acuerdo con estos pasos que ha dado, y finalmente aprende cuál es su tema, su enseñanza básica. Usted se ha trasladado de la idea al texto y, a su vez, a la verdad general más amplia, al tema.

La verdad general

Ahora aprendamos algo acerca del tema. El tema es la principal estocada del sermón, la esencia que lo resume. Cubre el pasaje como una carpa. No olvide esto. Cuando usted está buscando en un párrafo y en un capítulo, invariablemente sus ojos encontrarán un versículo y usted dirá: “Este es el tema”. Pero no es el tema; es el versículo que a usted lo impresiona más. El tema es la verdad más amplia que está en el transfondo del pasaje entero.

Usemos Juan 17 como ejemplo de una porción para predicar. Al mirar estos versículos, queremos descubrir “¿de qué está hablando?” De paso, cuando usted estudie Juan 17 necesita estudiarlo a la luz de Juan 13-16, pues el capítulo 17 es el clímax de la semana de la pasión que comienza en el aposento alto con el lavamiento de los pies y el servicio de la comunión, seguido por la conversación de Jesús con sus discípulos, las lecciones que extrae, y su discurso de despedida. Luego, El camina con sus discípulos hacia el Getsemaní, se detiene ante una viña y habla con ellos acerca de la vid y los pámpanos. Les habla durante todo el capítulo 16, y entonces comienza a orar en el capítulo 17.

Usted no puede presentar Juan 17 sin una comprensión de las circunstancias. Jesús sabe que ésta es su última oportunidad de orar con sus discípulos, pues desde allí descenderá hasta la cruz. De manera que esta oración es importante. Debe cubrir lo que El considera que es lo más importante.

¿Cuál es el tema que trata? ¿Cuáles son esas cosas importantes? El está hablando a su Padre acerca de sus discípulos y su relación con el mundo. ¿Cómo, dice El, que es esa relación? ¿Puede usted verla? “No son del mundo”. “Están en el mundo”.

¿Cuál es el tema que trata? ¿Cuáles son esas cosas importantes? El está hablando a su Padre acerca de sus discípulos y su relación con el mundo. ¿Cómo, dice El, que es esa relación? ¿Puede usted verla? “No son del mundo”. “Están en el mundo”.

Básicamente, está dando directivas a los discípulos y a la iglesia naciente acerca de cómo tienen que relacionarse con el mundo. Han salido del mundo. Están totalmente separados del mundo, y no obstante en medio de él, como Cristo mismo lo estuvo. El estuvo exactamente en medio del mundo y sus actividades, pero no perteneció a él. No tuvo conexión con el pecado del mundo aun cuando se mezcló con pecadores. Y El dijo: “Como tú me enviaste al mundo, así yo les he enviado al mundo”.

Ahora, ¿cuál es el tema de estos versículos cuando los leemos una y otra vez? El siempre menciona al mundo, pero está orando por sus discípulos. Está orando por ellos en su relación con el mundo. Es una relación iglesia-mundo. Este es el punto, el tema del pasaje.

Entonces, tenemos un tema. El tema está en la porción que hemos escogido para predicar. Esta porción es una unidad lógica. Pero no podemos predicar acerca del tema, y usted verá el porqué en el próximo artículo. ■

Movernos juntos

Las transiciones significan para un sermón lo que las articulaciones para el cuerpo: le permiten moverse. Idear transiciones suaves que llevan a la congregación de una parte a otra del sermón requiere una verdadera artesanía homilética.

John Osborn

ASI COMO el cuerpo humano tiene articulaciones –rodillas, tobillos, codos, muñecas, caderas y hombros– que hacen posible el movimiento, así también el sermón debe tener articulaciones que permitan el movimiento. Se las llama transiciones. Cuando quiera que usted pasa de una parte del sermón a otra, debe haber alguna clase de suave unión o transición. De la introducción al cuerpo, de las divisiones principales a las subdivisiones, de la última división principal a la conclusión, debe haber uniones suaves que mantengan su sermón en movimiento sin que se vuelva inconexo. Si usted pasa a la siguiente fase de su sermón sin construir un puente sobre el cual su feligresía pueda avanzar juntamente con usted, será difícil para ellos saltar la brecha. Puede ocurrir que no lo sigan.

En carpintería la señal de un artesano verdaderamente profesional es su habilidad para terminar una ensambladura en forma tan suave y experta que el ojo difícilmente puede detectarla. De manera que alguien ha dicho: "Es una marca de excelencia homilética volverse eficiente en el desarrollo de transiciones suaves". Un buen predicador se distingue por sus transiciones.

En otro artículo hemos considerado cómo enfocar el sermón en su objetivo, desarrollando la proposición: una oración completa que aglutina el tema y proporciona un blanco específico para el sermón entero. Vimos, además, cómo todas las divisiones principales del sermón deben fluir natural y lógicamente del pasaje de la Escritura sobre el que se predica, y cómo deben apoyar la proposición. Ahora, ¿cómo pasar suavemente de la proposición al cuerpo del sermón? Eso se hace por medio de la

oración transicional, una oración que se construye tan cuidadosa y precisamente como la proposición misma.

La oración transicional se compone de tres partes. Primero de todo, contiene la proposición. Usted ya la ha formulado; usted sabe qué es.

El segundo elemento de la oración transicional surge de la proposición. Toda proposición o declaración de verdad crea inmediatamente una pregunta implícita. Por ejemplo, si su proposición es: "Deberíamos buscar la bondad antes que la grandeza", ¿cuál es la pregunta implícita? Es: "¿Por qué?" ¿No es eso lo que toda la congregación inconscientemente está preguntando? "¿Por qué deberíamos procurar la bondad antes que la grandeza?" Eso debería ser lo que usted conteste en su sermón.

Ahora bien, hay sólo seis posibles preguntas implícitas en una proposición: ¿Quién? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué? De paso, la mayor parte de la predicación debería responder preguntas acerca de "¿Cómo?" Esa es la gran pregunta que la mayoría de la gente quiere que se conteste. Un predicador relata que encargó un calentador para agua caliente para su cabaña veraniega. Cuando fue a instalarlo, estaba en una gran caja de cartón. La abrió, sacó el calentador cuidadosamente y buscó las instrucciones. Encontró una tarjeta con la garantía de cuánto duraría el calentador, y que se refería a sus cualidades y a su capacidad y a todas esas cosas, pero no había una sola palabra acerca de cómo instalarlo. "Yo hubiera cambiado toda esa información descriptiva acerca de su belleza y garantía –escribió– por tan sólo unas pocas palabras que explicaran cómo hacerlo funcionar". Esto es lo que primordialmente su feligresía quiere

saber: "¿Cómo puedo hacer que el cristianismo funcione?"

Así que el segundo paso al formular la oración transicional es dirigirle a su proposición la pregunta que lleva implícita. Puede ser que la respuesta que obtenga no sea la respuesta que usted desea predicar. Pero debe ser la respuesta que da la Biblia. El versículo escogido controla todo en la predicación expositiva. Usted ya no es el alfarero que moldea la Escritura temáticamente para ir en cualquier dirección a la que desea apuntar. *Usted* es la arcilla y la Escritura es el alfarero. Ella lo moldea a usted; usted puede ir únicamente en la dirección en que va su texto. Si no contesta la pregunta "¿Cómo?", ¿por qué medios puede usted tratar de contestar la pregunta "¿Cómo?" a partir de ese pasaje? Si todas las partes del sermón surgen naturalmente de la porción de la Escritura sobre la cual se predica, la pregunta implícita en la proposición se contestará en el texto mismo.

Vayamos, como ilustración, a Juan 17: 6-19. Podemos definir la materia como "relaciones iglesia-mundo", y el tema que limita la materia como "relaciones iglesia-mundo eficaces". Nuestra proposición es: "La iglesia puede tener una relación eficaz con el mundo". ¿Cuál es la pregunta natural que surge de esta proposición? "¿Cómo?" Esta es la pregunta que el texto debería contestar y que el sermón debería tratar de responder para sus oyentes.

Cuando nos dirigimos al texto encontramos el tercer y último elemento en la formulación de la oración transicional: la palabra clave que une todas las divisiones principales del sermón. Las principales divisiones que surgen de Juan 17: 6-19 son: "fuera del mundo"; "en el mundo"; "no son del mundo"; "enviado al mundo". Estas son las ideas del pasaje que contestan nuestra pregunta: "¿Cómo puede la iglesia tener una relación eficaz con el mundo?" ¿Hay un elemento común, una palabra clave, que une estas cuatro ideas? ¿Acaso no son todos éstos principios o pautas por los cuales puede establecerse una relación eficaz? *Pautas*, entonces, viene a ser nuestra palabra clave. La palabra clave siempre es un sustantivo común en plural. El idioma castellano tiene miles de sustantivos, pero debemos hallar el que se ajusta mejor a nuestro texto y une las principales divisiones del sermón que surgen del pasaje de la Escritura. Puede haber otros buenos sustitutos para *pautas* o *principios*, pero deben ajustarse con exactitud a los ítems que están enlazando. Cuando usted está armando un rompe-

cabezas no puede simplemente forzar una pieza en un hueco por el hecho de que quiere llenarlo. Debe encajar, o el rompecabezas estará fuera de simetría. Así ocurre con el sermón. Cada pieza debe encajar, no ser forzada porque uno quiere que encaje.

Ahora tenemos los tres elementos de nuestra oración transicional: la proposición, la pregunta o interrogante que surge de ella, y la palabra clave. ¿Cómo ponemos juntos, en una oración transicional única y suave, la proposición ("la iglesia puede tener una relación eficaz con el mundo"), el interrogante "¿cómo?" y la palabra clave *pautas*? A menudo es gramaticalmente imposible, así que encontramos un sustituto para el interrogante.

Usted recordará que cuando era niño y alguien le preguntaba "¿Por qué?", usted replicaba "Porque". El sustituto para "¿Por qué?" es "Porque". Uno no siempre puede meter las palabras *por qué* en la oración transicional, pero puede usar su sustituto. El sustituto para "¿Cómo?" no es tan fácil. Siempre es un verbo en gerundio.

El sustituto para "¿Dónde?" es "en el cual"; el sustituto para "¿Cuándo?" es "en el momento".

Ahora, formulemos la oración transicional usando el gerundio como sustituto para "¿Cómo?" Combinando los tres: "La iglesia puede tener una relación eficaz con el mundo siguiendo las pautas de Juan 17:6-19". Esta es, entonces, la oración transicional.

Note cómo no sólo proporciona una transición suave desde la proposición al cuerpo del sermón, sino que además unifica los principales puntos. De manera que formar la oración transicional requiere que uno identifique la palabra clave que va a clasificar u organizar en categorías los puntos principales del sermón en un tema único. Esto lo preserva a uno de apartarse del objetivo y de predicar sobre manzanas, naranjas y bananas, todo en el mismo sermón. Da unidad. Con frecuencia es la falta de una palabra clave que enlace las principales divisiones lo que origina un sermón sin orden, errático, una miscelánea de retazos religiosos, y permite al predicador escaparse por las tangentes.

La oración transicional, entonces, desempeña dos importantes funciones. Es un puente para llevar a sus oyentes con usted desde la proposición del sermón hasta el cuerpo que amplía y sostiene la proposición. Y la oración transicional es lo que enlaza al sermón con todas sus partes en una unidad y lo hace un todo orgánico y hermoso. ■

Un final para el sermón

Si un vendedor desarrolla una impresionante charla de venta pero no consigue que usted firme el contrato, no ha logrado mucho. Y a menos que la conclusión de su sermón impulse a su congregación a abrazar la acción a la cual llama, usted tampoco ha hecho gran cosa. Aquí le presentamos cómo pedir a sus feligreses que firmen sobre la línea de puntos.

John Osborn

TODA LA DISCUSION acerca de la preparación y la predicación de un sermón presentada en los artículos previos de esta serie convergen en la parte realmente importante de todo el proceso: la conclusión.

Si un vendedor desarrolla una impresionante charla de venta pero no logra que usted firme el contrato, no ha logrado mucho. Y a menos que enfoque la conclusión de su sermón de manera que su congregación sea impulsada a abrazar la acción a la cual llama, usted tampoco ha hecho gran cosa. Aquí le presentamos cómo pedir a sus feligreses que firmen sobre la línea de puntos.

¿Qué les sucede a muchos predicadores al llegar a este punto de la preparación de su sermón? El tiempo avanza; tienen que predicar. Así, como conclusión, garrapatean algo tan rápidamente como pueden. No puedo pensar en nada más insensato que no tomar tiempo para el propósito real del sermón: su aplicación al oyente. Sin embargo, ¡he hecho esto docenas de veces! Si usted no quiere admitir que lo ha hecho también, ¡es sólo porque yo soy más sincero que usted!

Idealmente, la conclusión debe incorporar cuatro partes: 1) una frase objetiva, 2) un breve bosquejo o resumen, 3) un llamamiento, y 4) una frase o frases finales. A esto debe parecerse la conclusión. Ahora, discutamos cada parte y encontremos su significado.

La primera parte —la frase objetiva— tiene dos elementos importantes: *Por lo tanto* y *debiéramos*. La expresión "por lo tanto" retrocede a los argumentos básicos del cuerpo del sermón. La palabra "debiéramos" impone una obligación sobre el oyente para hacer algo acerca de lo que ha escuchado. La frase objetiva dice (aunque no con estas palabras): "A la luz de todo lo que he dicho en el sermón, esto es lo que usted debe hacer".

Veamos cómo estos elementos calzan en nuestro sermón acerca de Juan 17, la ilustración que hemos estado usando en esta serie de artículos. La proposición de este sermón, usted recuerda, es: "La iglesia puede tener una relación efectiva con el mundo". El predicador está dando respuesta a esta afirmación. Ha mostrado a la feligresía cómo la iglesia puede tener una relación efectiva con el mundo. Aho-

La conclusión es básicamente una reunión de las hebras del sermón. Quizá debiera decir que es enfocar los principales rayos del sermón en un punto de manera muy semejante a cómo una lente de aumento concentra los rayos del sol que pasan a través de ella.

ra, a medida que se acerca a la conclusión, está llegando al blanco. Ha lanzado su misil; ha pasado por las principales divisiones y subdivisiones de su sermón. Ahora ha de impactar en el centro del blanco y llevar la aplicación hasta las personas. Es en este punto donde usted debe alcanzarlos con la respuesta a la pregunta: ¿Qué quiero que estas personas hagan? ¿Cuál es la respuesta que quiero de ellos? Al haber determinado la respuesta a esa pregunta, el predicador usa los elementos de la frase objetiva de conclusión –*por lo tanto y debiéramos*– para presentar las exigencias del sermón: “Por esto, como ministros cristianos, debemos desarrollar en nuestra propia experiencia esta relación efectiva con el mundo. Por esto, como miembros de esta congregación, debemos desarrollar en nuestras vidas esta efectiva relación con el mundo. ¿No son ustedes del mundo? ¿Están ustedes, sin embargo, en él? ¿Volverán al mundo aunque no sean de él? Deben hacerlo”.

Usted ve, todos los puntos de su sermón se convierten en obligaciones que usted traslada a sus oyentes a medida que se introduce en la conclusión de su sermón. La frase objetiva dice a esta congregación específica lo que debe hacer a la luz de la proposición del sermón. Y esta es la razón por la que esta frase siempre debe contener el concepto básico de la proposición (la parte del sermón que es el centro del blanco) combinada con las ideas del *por lo tanto y debiéramos* (el punto real de impacto). “Por esto, como jóvenes. . .” “Por esto, como predicadores. . .” “Por esto, como miembros de la iglesia debemos hacer así y así”. Esta es la frase objetiva.

Un joven predicador que me había escuchado dar estas ideas acerca de la preparación del sermón me encontró unos meses después y dijo:

–Mi esposa se está cansando de escucharme terminar cada sermón con las palabras *por lo tanto y debiéramos*.

–No la reproche –repliqué–. Yo también lo haría.

–¡Pero usted me dijo que lo hiciera!

–No; no lo hice –protesté–. Lo que dije es que siempre debe tener esas palabras en su bosquejo y usar la idea. Pero hay toda clase de sinónimos para esas palabras. ¡No tiene que

decir lo mismo todas las veces como una fórmula!

La frase objetiva debe ser seguida por un breve bosquejo o resumen de los principales puntos del sermón. Debe ser breve porque la conclusión misma ha de ser breve. No introduzca nuevo material en la conclusión. ¿Cuántas veces mientras usted está predicando se le ocurre un nuevo y brillante pensamiento justo cuando está terminando el sermón? Como no lo pensó oportunamente, ¡lo mete en la conclusión! Este no es el propósito de la conclusión; hacer esto es anticlimático y frustra su propósito. Cuando usted se acerca al final, debe hacerlo inteligentemente; así que esta parte del sermón debe ser bien pensada.

La conclusión es básicamente una reunión de las hebras del sermón. Quizá debiera decir que es enfocar los principales rayos del sermón en un punto, de manera muy semejante a lo que hacíamos como niños cuando tomábamos una lente de aumento y la sosteníamos de manera que los rayos del sol pasaran a través de ella y enfocaran sobre un papel hasta que el calor concentrado dejara un pequeño agujero en el papel. Esto es lo que usted intenta hacer con la conclusión. Usted está tomando ahora sus principales ideas y las está subrayando. Usted está manejando una lente de aumento con el sol de información que ha dado, y quiere dar una estrecha aplicación a los corazones de las personas. Esto puede hacerse con el resumen o la recapitulación. No siga siempre esta práctica, pero es bueno refrescar la memoria de sus oyentes acerca de lo que usted ha dicho.

Es interesante que no todos concuerdan en este punto. Uno dice: “Una buena conclusión no incluye un resumen. Un resumen hace mirar hacia atrás, y usted no mira hacia atrás en la conclusión. Si quiere echar a perder un buen sermón, resúmalo”. Otro declara, en oposición: “Un predicador puede considerar correctamente que si las declaraciones y los principales puntos son dignos de usarse, también son dignos de repetirse. Muchas conclusiones son altamente efectivas cuando la mente del oyente es refrescada al escuchar un repaso de los

Lo principal es reunir todas las hebras. Iluminarlas y entrelazarlas de manera que formen una gran verdad. Defina claramente cuál es, de manera que los oyentes entiendan qué se espera de ellos.

principales puntos”.

Por lo tanto, usted puede elegir, y todavía tener buena compañía homilética. Creo que una posición media es la mejor. Resumir siempre podría llegar a ser muy monótono. Es triste si sus miembros, aunque no están entrenados en la preparación de sermones, pueden casi predecir lo que usted va a decir a continuación y cómo lo dirá. Después que ha estado con ellos cierto tiempo, captan su técnica y estilo oratorios. Pueden no conocer todos los principios que están detrás de lo que usted hace, pero pueden decirse a sí mismos: “¡Fíjate! Esa es la forma como suele terminar. Siempre dice lo mismo”. Sugiero que no debería usar siempre el mismo método de resumen. Pero resumir de vez en cuando es bueno.

Otro método de subrayar los puntos del sermón para sus oyentes es por medio de la aplicación. Aunque usted ha hecho una aplicación después de cada punto principal, puede haber una aplicación al final, y a veces debe haberla. Por supuesto, algunos profesores de homilética creen que la conclusión puede debilitarse por demasiada aplicación en el cuerpo del sermón. Argumentan que por la distribución de pequeñas impresiones se pierde la impresión general, y que si se hace demasiada aplicación en la parte principal del sermón, no habrá punto para aplicar en la última parte.

Pienso que tales puntos de vista son en parte correctos y en parte equivocados. A medida que avanzamos en las aplicaciones y el plan de nuestro sermón, debemos ver el producto final en perspectiva y observar meditadamente la conclusión, preguntándonos: “¿Cómo se relaciona esta aplicación en la conclusión a las que ya he hecho en el cuerpo del sermón?” Usted no puede ver esto a menos que haya empleado tiempo para desarrollar su conclusión. Si tiene cuatro puntos principales en el sermón, tenga cuatro subpuntos en la conclusión, y aplique cada uno al oyente individual.

Lo principal es reunir todas las hebras. Iluminarlas y entrelazarlas de manera que formen una gran verdad. Defina claramente cuál es, de manera que los oyentes entiendan qué se

supone que ellos hagan.

A medida que resalta los principales puntos del sermón y define cuál debe ser la respuesta, naturalmente se trasladará al tercer elemento de la conclusión: un llamado a la acción. En este punto la nota convincente es siempre prominente, y si usted usa cualquier material ilustrativo, siempre deberá ser de tal naturaleza que hable al corazón. El propósito último del llamado es persuadir a la gente a hacer algo con respecto a lo que han escuchado, hacer que domine sobre ellos el poderoso sentimiento de que deben responder individualmente.

Cuando Pedro finalizó su sermón en el día de Pentecostés, la gente dijo: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” Sus palabras produjeron un impacto; movió a la gente a la acción. “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo” (Hech. 2: 37, 38).

La actitud del predicador, tanto como lo que dice, es importante en este punto. Es mucho mejor que el Espíritu Santo haga sentir incómodo al oyente, que el predicador intente hacerlo por medio de gimnasia psicológica o relatos emocionales.

Hay poder en los llamados emocionales, y algunos predicadores tienen la tendencia a usar ese poder. Cuando era pastor de cierta iglesia, vino a predicar un orador que estaba recogiendo dinero con cierto propósito. Antes de venir el presidente de la asociación me dijo: “Esa es una iniciativa privada y no ha de levantarse ninguna ofrenda oficial en las iglesias para ella”. Así que mencioné este hecho al orador. Su respuesta fue: “De acuerdo. No necesito pedir una ofrenda. ¡Hoy tengo un sermón verdaderamente lacrimógeno!”

Había reunidas unas quinientas personas. Ese día la ofrenda regular alcanzó entre ochenta y noventa dólares. Luego el orador invitado habló, y cuando terminó con su “lacrimógeno” sermón no pidió un centavo, ¡pero la gente se adelantó espontáneamente, y dejó setecientos dólares sobre la mesa para su proyecto!

Mucha gente responderá a los llamados emocionales. No estoy diciendo que no se debe usar la emoción. Es un medio legítimo de llamamiento. Pero un predicador debe ser

La frase o frases finales forman la última porción de la conclusión. Se debieran escribir y memorizar las últimas tres palabras del mensaje. Esto evitará la inseguridad o duda al terminar. Las ruedas del sermón deben detenerse con facilidad y gracia.

extremadamente cuidadoso en *cómo* lo usa. ¿Cuál es la motivación? ¿Cuál es la base? El llamamiento debe hacerse en el contexto de un profundo fervor e integridad. La honestidad y sinceridad deben permear el espíritu del predicador. No es el momento de fingir.

Hay otras motivaciones a las que un predicador puede apelar. Charles Koller, en su libro *Basic Appeals to Preaching*, menciona seis: altruismo, o consideración benevolente por los demás; aspiración, el hambre universal por la felicidad espiritual y un sentido de plenitud; curiosidad, la susceptibilidad humana a lo que parezca novedoso, desconocido o misterioso; deber, la imposición divina de hacer una cosa porque es correcta; amor, el afecto que sentimos por los demás, por Dios, a veces aun por nosotros mismos (hay una clase de amor propio que es saludable); y temor. El temor de ninguna manera es el más excelso incentivo, pero es legítimo. ¿Apeló nuestro Señor a él? Por cierto que sí. "Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (Mat. 5: 29).

Cuando usted aborda el llamado, los pronombres se vuelven muy importantes. Use el *usted* y *nosotros*. Inclúyase usted mismo. El llamamiento no es sólo para su congregación, sino para *usted* juntamente con ellos. Debe ser altamente subjetivo. Y esto, por supuesto, requiere estudio cuidadoso y oración.

Un llamamiento puede hacerse de muchas maneras. No siempre tiene que tener una respuesta visible. Conozco algunos pastores que *siempre* terminan con un llamado para que la gente responda pasando adelante. Algunos lo hacen de manera hermosa. Otros, muy torpemente. En algunos lugares es muy efectivo; en otros no. Cuando se lo hace bien, pienso que es beneficioso. Pero no creo que es un estereotipo que cada predicador debe seguir en todo lugar. Un llamado puede ser poderoso y efectivo para producir un cambio aun cuando no requiera una manifestación pública del oyente.

Conozco algunos predicadores que creen que un llamamiento no debe ser planeado

cuidadosa y anticipadamente. "Lo dejo sólo a la inspiración del Espíritu Santo en ese momento", dicen. Creo que hay momentos cuando podemos hacerlo. Creo que cuando estamos en el púlpito hay instantes en que el Espíritu Santo realmente nos ayuda a saber qué dirección tomar. Creo que hay momentos cuando podemos planear tan ajustadamente lo que vamos a decir, y seguir nuestro estereotipo tan estrechamente, que el Espíritu Santo no pueda movernos ni guiarnos. Pero funciona de ambas maneras. También creo que a veces descansamos en el Espíritu Santo como una excusa para nuestra falta de disposición a realizar el esfuerzo que requiere la preparación adecuada.

Como decía un joven predicador a un famoso evangelizador alemán: "Nunca me preparo antes de subir al púlpito. El Espíritu Santo siempre me dice qué decir. Voy al púlpito, abro mi Biblia, y el Espíritu Santo me da el sermón". Entonces, su interlocutor le dijo: "Es maravilloso. En realidad, el Espíritu Santo nunca me habló de esa manera. Pero a veces, cuando estoy en el púlpito, me habla, por lo regular al final. Y lo que dice es: 'Hoy, Klaus, estuviste flojo. No te preparaste adecuadamente'".

El Espíritu Santo puede derramarse en nuestra mente sin esfuerzo de nuestra parte, pero usualmente no lo hace.

La frase o frases finales forman la última porción de la conclusión. Deben ser cuidadosamente preparadas. Charles Brown, ex director de la Escuela de Teología de Yale, sugiere que las últimas tres frases del sermón deben ser cuidadosamente preparadas, escritas y memorizadas. Esto evitará la inseguridad o duda al terminar. Las ruedas del sermón deben detenerse con facilidad y gracia, dando al vuelo del sermón un suave aterrizaje.

Cuando usted haya dicho sus frases de cierre y la conclusión esté terminada, ¡deje de hablar! Algunos pastores sufren de no saber cuándo sentarse. Nunca diga: "Para terminar. . .", y luego divague otros cinco minutos. Su congregación perdonará muchos pecados homiléticos, pero no le perdonará éste. No muestre duda ni inseguridad. Termine su conclusión, y entonces ¡síntese! ■

Veinte mandamientos para los pastores jóvenes

Daniel F. Roth

Por 35 años, Daniel F. Roth fue un ministro adventista de habla alemana. Al morir, su hijo Don A. Roth estaba revisando unas cajas de su padre y encontró algunos libros de texto que había usado cuando asistía al antiguo Clinton Theological Seminary. (Esta institución operó en Clinton, Missouri, de 1910 a 1925. Reuniendo a alumnos entre los muchos adventistas de habla germana del medio oeste, su propósito era entrenar ministros para trabajar en favor de los inmigrantes alemanes.)

La guarda de un libro llevaba este consejo, que Daniel F. Roth había escrito a mano en inglés, y titulado "*Veinte no para jóvenes predicadores*". Consideramos que es un consejo excelente, no sólo para jóvenes ministros, sino para pastores de toda edad, y tan pertinente hoy como cuando fue escrito hace décadas.

1. **No viva más allá de sus recursos.**
2. **No sea mezquino.**
3. **No predique sus dudas.**
4. **No predique en contra de las cosas, sino a favor de los principios.**
5. **No se sienta tentado, en ninguna ocasión, a predicar otra cosa que no sea lo mejor.**
6. **No esté buscando otro campo ni otro llamado.**
7. **No sea pesimista.**
8. **No cuente historias de tono subido.**
9. **No pierda los estribos en público.**
10. **No pase por alto la Biblia cuando busque textos para predicar.**
11. **No se sienta celoso de sus compañeros en el ministerio.**
12. **No ataque a las personas; discuta sus ideas.**
13. **No sea artificial ni sensacionalista.**
14. **No empequeñezca el valor de las cosas pequeñas.**
15. **No sea perezoso.**
16. **No descuide a los enfermos y a los que sufren.**
17. **No traicione una confidencia.**
18. **No deje de cumplir con sus compromisos.**
19. **No permita que nadie dicte su mensaje.**
20. **No deje de orar.**

“Así dice Jehová”

